CINCO PIEZAS DE TEATRO

Autor: Juan Manuel Pérez Álvarez

LA QUINTA HABITACIÓN

acto primero

Una sala en penumbra, débilmente alumbrada. Vacía. En el extremo izquierdo del escenario, una pared con una puerta cerrada. Dos hombres vestidos de legionarios romanos la custodian a ambos extremos. Es importante acentuar la soledad y el abandono de la escena. Después de transcurrido un minuto en perfecto silencio, se escucha un murmullo parecido a un sollozo prolongado. Unos segundos después, aparece un hombre vestido con frac elegante y una flor en el ojal. Avanza hacia el centro del escenario, contempla la puerta y los guardianes y se frota las manos. Después, acercándose más a la puerta, exclama:

EL HOMBRE: ¡ Despertad! ¡Despertad! ¡Yo os lo ruego!

Los guardias parecen reaccionar. El de la derecha le dice a su compañero:

GUARDIA 1º: ¿Has oído eso?

GUARDIA 2º: Lo tienes delante. Es otro que se ha perdido. Habrá que explicárselo.

GUARDIA 1º: Explícaselo tú.

GUARDIA 2º: Estaba a punto de dormirme. Bien, parece que hay trabajo. Esta te la guardaré.

GUARDIA 1º: Como quieras. Despacha.

Ninguno de los dos hace ademán de iniciar conversación con el recién llegado. Este se impacienta. Mira hacia atrás y hacia los lados. Parece desorientado.

EL HOMBRE (monólogo consigo mismo): Sí... Este es el sitio... No cabe duda... Yo nunca he estado aquí antes...

GUARDIA 2º (alzando la voz): ¿Quién va?

EL HOMBRE (reaccionando): ¡Yo! ¡Yo! ¿Tengo el honor de ser el primero?

El guardia 1º, al escuchar la pregunta del hombre, reprime una carcajada breve. Después vuelve a su impasibilidad.

GUARDIA 2º (mirando a su interlocutor): ¿Qué se le ofrece?

EL HOMBRE (se arrodilla a los pies del guardia 2º y le besa los pies): Bendito sea su nombre, fuego que calienta y no abrasa. Dichoso yo que os he mirado.

GUARDIA 2º (quejándose): Déjese de cumplidos inútiles, hágame el favor. Levántese y háble me a la cara. Si me adula demasiado, entenderé que quiere sobornarme, y eso no puedo permitírselo. Tal vez espera que yo le proporcione algún beneficio. Todos piensan lo mismo cuando llegan aquí. Como si en nuestras manos estuviese incumplir nuestras obligaciones.

EL HOMBRE (reparando en el otro guardia, pretende practicar el mismo protocolo con él, pero este lo rechaza con un gesto. Después contempla la puerta y la toca con las manos entreabriendo la boca): Esta es la entrada, la entrada... ¡Cuántas veces la he soñado, pero entonces no podía tocarla! Ahora la veo y la toco, y sé que no es un sueño. Yo la imaginaba de oro, como todo lo que es bello, pero no es sino de madera, como todas las puertas. Vale más que así sea... Amén. (El hombre permanece unos segundos palpando la superficie de la puerta. Después se retira y finge llorar, cubriendo el rostro con las manos. Con voz cavernosa, lúgubre, dice:) Animal que te llamas hombre... Esta es tu herencia. Sí. Esta es tu única herencia: una puerta cerrada. Naciste para recorrer el mundo, para establecer tu ley en el universo. ¿Te acuerdas cuando caminabas sobre las cuatro extremidades y desconocías tu voz? Entonces no amabas ni aborrecías. Vivías en la Edad de Oro. Sí. Eras un conjunto de células que interactuaba con otros conjuntos, pero no te conformabas, no, con ser apariencia entre apariencias, querías llegar a ser. Querías ascender, evolucionar y superar toda forma, toda limitación. Agresivo, luchaste por la supremacía entre tus semejantes, dijiste que tus células tenían un linaje distinto a las demás que demostraban tu superioridad. Y fundaste la Historia. Porque, ¿qué es la Historia más que un cuento bien contado? Te creíste el cuento, tu Constitución. Pero esa constitución no está escrita de una vez y para siempre, no. Hay que escribirla cada día, hay que aplicarla a nuevas situaciones que contradicen a las primeras, y llegará un día en que la narración será incoherente y absurda. ¿Y ese día, será el Fin del Mundo? ¿Qué será de nosotros? Pues el suelo que pisamos no es estable, sino móvil como el agua. Un día alguien dice: ¡He descubierto algo!. Y todos lo siguen como borregos. Pasado un tiempo, nadie se acuerda del invento porque ya no es actual. Otro embeleco lo suplanta. Un conocido mía afirmaba que el hombre es un simio. Bien sé que es una sátira, pero ¡qué sátira! Llega uno a asimilarla. “La selección natural” decía “opera así”. Y muchos se convencieron, e incluso lo corroboraron después (riendo) No puede uno dejar de reírse hasta en los momentos más serios. Perdónenme ustedes (dirigiéndose a los guardias) y también ustedes, espíritus del tiempo (haciendo una reverencia al supuesto público) Todo se termina aprendiendo, porque todas las cosas son iguales. Somos nosotros los que nos creemos distintos.

GUARDIA 2º (dando un paso hacia él): ¿Ha terminado ya?

EL HOMBRE (bajando de su encumbramiento): Sí, sí, excelso señor... La verdad es que pensaba que esta escena sería más bonita. Es cierto que figuran los querubines vestidos a la moda del Imperio y la puerta está en su sitio, como cabía esperar, pero siento que falta algo...

GUARDIA 2º (suspirando con resignación): No falta sino su reconocimiento del hecho. Es habitual fabricarse castillos en el aire, con embajadas, recepciones, proyecciones,

última tecnología... Fantasmas... Fantasmas... A todos les ocurre igual. La imaginación no se cansa de diseñar nubes.

EL HOMBRE (sorprendiéndose): ¿A todos, dice? ¿Luego hubo otros que llegaron aquí antes que yo?

El guardia 1º vuelve a ahogar una carcajada.

GUARDIA 1º (Al guardia 2º): Enséñale el abecedario.

EL HOMBRE (reparando en el guardia 1º): ¿Pero ese ángel habla? Yo creí que era mudo.

GUARDIA 2º: No. Solo es mudo cuando quiere.

EL HOMBRE (volviendo el rostro al guardia 1º): En fin, a pesar de la decepción, estoy orgulloso de haber llegado hasta aquí. Al fin podré conocer el tabernáculo, la quinta habitación, como le llaman. ¡Oh!. Dicen que es infinita, que la vista no tropieza nunca en ella, porque sus paredes son de luz purísima, eterna. ¡Si hemos pasado la vida mirando sombras, qué experimentaremos cuando percibamos el efecto transfigurador de la luz! La sensación ya se puede apreciar mientras se piensa. Aquí, en este órgano (señala el corazón) parece que se enciende algo. Es necesario creer. Por mucho que nos opongamos, es necesario creer. ¿Quién no tiene esperanza?. Hasta el suelo tiene esperanza de ser pisado, cuanto más el mortal que ha pasado la vida anhelando. Esa ilusión prorrogada no puede morir cuando todas las cosas que nos rodean mueren, por lo menos quedará una semilla para empezar la vida de nuevo.

GUARDIA 2º (encogiéndose de hombros y mirando al techo del escenario): Está usted a punto de volar. Me imagino que es un pájaro que revolotea por encima de nuestras cabezas... Discurso admirable, el suyo... Pero además de retórica, ¿qué contiene?

EL HOMBRE (mirando al guardia 2º fijamente): Un sentimiento. Un sentimiento tan verdadero como usted.

GUARDIA 2º (dirigiendo la vista al guardia 1º): Otro como los demás. (volviendo el rostro al hombre) A ver si acierto: ¿usted quiere entrar, me equivoco?

EL HOMBRE (con la mirada radiante): Usted lo ha dicho.

GUARDIA 2º (sonriendo malignamente): Le invito a que haga la siguiente deducción. ¿Cuál considera que es nuestro papel en esta representación? Porque representación es, ¿verdad? (el hombre asiente) Vamos a probar su perspicacia... Si la puerta permaneciese abierta a todo el mundo... ¿qué sentido tendría nuestro trabajo?

EL HOMBRE (resuelto): No tendría ningún sentido.

GUARDIA 2º (sin dejar de sonreír): Por lo tanto, usted mismo puede considerar que, puesto que estamos aquí yo y mi compañero, la puerta va a permanecer cerrada.

EL HOMBRE (mirando primero a la puerta y después a los guardias. Comprendiendo) ¡Oh, déjenme al menos! ¡Aunque solo sea un segundo, una milésima de segundo...!

GUARDIA 2º (con la mano en el hombro de su interlocutor): Imposible, amigo.

EL HOMBRE (braceando): ¿Saben cuánto me ha costado llegar hasta esta puerta? Han sido años de estudio, de privaciones, olvidando los placeres de la naturaleza: la conversación, el sexo, el descanso... No sé lo que es reposar... He invertido todo mi patrimonio humano en esta empresa. No me digan que lo he perdido todo. No, porque sería falso. Ya sé que ustedes son de otra raza, que no se mueve al soplo del viento. Ustedes ya estaban aquí antes del principio de los tiempos. Son mandatarios del Todopoderoso, ese que actúa por su propia cuenta porque su sustancia es el movimiento. Pero no me digan ahora (haciendo ademán de limpiarse las lágrimas) no me digan ahora que no puedo, después de mi pasado, que no puedo... ser recibido en la Corte, en la Sala Infinita.

GUARDIA 2º (tratando de convencerlo): Es una habitación como las demás. Usted ha estado en cuatro habitaciones (mientras esto dice el guardia, el hombre niega rotundamente con la cabeza) Ya no es un niño. Sabrá de lo que le estoy hablando.

EL HOMBRE (rotundo): ¡Oh! ¡Usted no ha estado allí!

GUARDIA 2º (impasible): Ni usted tampoco.

EL HOMBRE (manteniendo la pausa de unos segundos): Entonces... ¿He de morir sin ver...?

GUARDIA 2º (con aplomo): Ya lo ha visto todo.

EL HOMBRE (a punto de replicar, parece convencerse): Es decir, ¿que no hay nada más?

GUARDIA 2º (haciendo un mohín de contrariedad): Nada o todo, según se mire.

El hombre mira al suelo. No se mueve. El guardia 1º tose. El hombre avanza hacia la derecha del escenario, sin quitar la vista del suelo, en ademán de querer marcharse por donde ha venido. El guardia 2º lo mira con lástima condoliéndose de él.

GUARDIA 2º (levantando el brazo): Oiga...

EL HOMBRE (sin volver la vista): Me voy. No tengo nada que hacer aquí. (Sale del escenario).

El guardia 2º regresa a la puerta y guardia su posición inicial. Mantiene silencio durante unos segundos.

GUARDIA 1º (observándolo y compadeciéndolo): No te preocupes por él. Aprenderá.

GUARDIA 2º (no contesta).

GUARDIA 1º: ¿Te ocurre algo?

GUARDIA 2º (después de un tiempo, cuando el guardia 1º está a punto de repetir la pregunta): No.. No... Solo que... En parte tenía razón... Pobre hombre...

GUARDIA 1º: Se habrá llevado un chasco, como todos... ¿Y quién no se lo lleva?

GUARDIA 2º: Pensaba que hablábamos en verso.

GUARDIA 1º: Bueno, ¿y qué? Tal vez hablemos en verso sin saberlo. Todo es opinión.

GUARDIA 2º (mirando al guardia 1º, repitiendo): Todo es opinión.

El escenario se ilumina. Entra una joven vestida de maja acompañada de un individuo con chándal deportivo que consulta continuamente su reloj de pulsera. Ve a los guardias. Los saluda agitando la mano.

GUARDIA 1º Y GUARDIA 2º (saludando): Bienvenida, Libertad.

LIBERTAD (dando una vuelta a modo de sevillana y haciendo que la falda revolotee un poco): Bendice, alma, a quien te saluda por tu nombre. Donde estés tú, estará la alegría. ¡Ay de los que te aborrecen! ¿Qué sería del hombre sin la mujer? Un niño abandonado. Tal vez un despojo.

GUARDIA 1º: ¿Siempre te manifiestas del mismo modo?

LIBERTAD: Soy deseo, ¿cómo habría de manifestarme?

GUARDIA 1º: Hace poco estuvo aquí alguien a quien podrías haber ayudado. Llegó aquí guiado por una estrella, pero es posible que hubiese confundido un astro lejano con algún foco de estos que nos ilumina (dirige la vista hacia el techo).

LIBERTAD (bromeando): ¡Oh! ¡Sí! En la vida unas cosas se parecen a otras, pero no lo son. (Filosófica). Yo pensaba que el mundo estaba ahí, como una montaña, y tardé en comprender que el mundo somos nosotros. El tiempo nace cuando empezamos a hablar. Es inevitable.

GUARDIA 1º: ¿Y ese que te acompaña, es otro de tus amantes?

LIBERTAD (colocando el dedo sobre la boca, a modo de advertencia): Es el Héroe, el Redentor. Se llama Hércules.

GUARDIA 2º (sorprendido): ¿Se llama Hércules?

EL ACOMPAÑANTE (adelantándose, con timidez): Me llamo Hércules.

LIBERTAD (disculpándolo): Habla poco todavía. Dice que hay que hacer las cosas cuando es el momento de hacerlas. De otro modo, se pierden. Pero es muy simpático si le da por serlo... Siempre está mirando el reloj, con mucha atención. Asegura que el

Todopoderoso le comunica las noticias a través de él. Viste ropa deportiva porque está en toda ocasión vigilante, preparado para la acción. Actúa muy bien.

EL ACOMPAÑANTE (adelantándose otra vez con la misma voz de antes): A veces soy simpático.

GUARDIA 2º (con la mano en el mentón mirando al guardia 1º): Ese nombre lo he oído alguna vez, ¿tú no?

GUARDIA 1º (haciendo memoria): Tal vez... Alguno de los que pasaron debía llamarse así.

EL ACOMPAÑANTE (avanzando unos pasos delante de Libertad. Señalando con el dedo) Esa es la puerta... (volviéndose al público) Ese es el Todopoderoso...

LIBERTAD (adoctrinándolo): Solo es un ojo en la noche. No hace daño. Te mira, únicamente. Te acabas acostumbrando.

EL ACOMPAÑANTE (repitiendo ensimismado): Te acabas acostumbrando...

GUARDIA 1º (A Libertad): ¿Cuál es su función?

LIBERTAD (dubidativa): Pues... dicen que conoce todos los idiomas... y que puede curar enfermos... Tiene una obsesión con la puntualidad... Si le quitaran el reloj, yo creo que se volvería loco... (mientras Libertad habla, el acompañante comienza a recorrer el escenario buscando algo) ¿Qué ocurre, Hércules? ¿Perdiste la hora?

EL ACOMPAÑANTE (con la vista en el suelo): Huellas...Huellas de hombre...

LIBERTAD (mirando al suelo también): Serán las tuyas...

EL ACOMPAÑANTE (con voz más fuerte): No... huellas de otro hombre... Aquí ha venido uno, vestido de frac, hace nueve minutos... Buscaba la puerta... Quería entrar... No le dejaron...

Los dos guardias se miran.

GUARDIA 2º: Todo lo que ha dicho es verdad. Yo mismo asistí a ese individuo. Es el hombre del que te hablamos antes. Mi compañero puede corroborarlo.

GUARDIA 1º: Es cierto.

LIBERTAD (con un gesto de entereza): Ya veis que no me equivoco al afirmar que mi acompañante tiene poderes sobrenaturales. Para él ningún fenómeno está oculto. Es un excelente detective. Por algo lo he educado en un pupilaje sobrio. Lo amo como si fuera un hijo. ¿No es así, Hércules mío?

EL ACOMPAÑANTE (señalando la puerta): El Paraíso... Del otro lado de la puerta... Lo siento... Un campo magnético irresistible... Atrae y destruye... Todos lo esperan... Es la conciencia... Nadie lo alcanzará... Solo se deduce... Pero al Final de los Tiempos...

cuando ninguno exista... cuando el reloj se pare... se abrirá la puerta.... Hasta entonces, sangre será nuestra bebida...

GUARDIA 1º (risueño): Habla como un libro.

LIBERTAD (disculpándolo): A veces es difícil de comprender, pero nunca miente. A mí me gusta escucharlo. Te aclara muchas cosas. Incluso profetiza sobre mí como si no me conociera. Parece que no pisa el suelo, da la impresión de que no está entre nosotros. Yo lo quiero mucho, porque es como un niño. Si no lo beso delante de la gente, es porque me da vergüenza hacerlo.

EL ACOMPAÑANTE (señalando el reloj): Los turistas...

LIBERTAD (dando una palmada): ¡Por Dios! ¡Se me olvidaba! ¡Qué tonta soy! Deprisa, cambiaos el traje. Están a punto de llegar.

GUARDIA 1º Y GUARDIA 2º: ¿Quiénes?

LIBERTAD (en voz alta): ¿Quiénes van a ser? ¡Los turistas! ¡Los turistas! Rápido, tenemos que poner esto como una patena.

GUARDIA 2º: ¿Pero cómo? (sin saber qué hacer) ¿Cómo no nos avisaste antes?

LIBERTAD (dando vueltas de un lado para otro): Se me pasó... Se me pasó... ¡oh! ¿Cómo puedo ser tan distraída? Rápido, que venga Braulio con los trajes... (caminando hacia la derecha del escenario y llamando fuertemente) ¡Braulio! ¡Braulio! ¡Braulio!

Entra un individuo con peluca blanca del siglo XVIII. Es corto de vista y no muy perspicaz. Lleva una maleta roja en la mano que no sabe muy bien qué hacer con ella. Mientras mira estúpidamente al público, Libertad le arrebata la maleta de las manos.

LIBERTAD (con ira): ¡Oh! ¿No te dije que me avisaras cuando llegaran? ¿Qué clase de bedel eres tú? ¡ Pero trae los decorados, hombre!

BRAULIO (duda un instante, mira al público y después a Libertad, al acompañante y a los guardias. Mientras tanto, Libertad abre la maleta e indica a los guardias que se desvistan y se pongan los vestidos de ángel que hay en la maleta. Los vestidos de ángel son túnicas blancas con alas de pluma o de otro material. Los guardias se desvisten con celeridad sus atuendos romanos y los introducen en la maleta. Libertad entrega la maleta a Braulio)

LIBERTAD (palmoteando, a Braulio): ¡Pero espabila, hombre! ¡Trae los decorados! (Braulio avanza corriendo a punto de salir) ¿Y el humorista? ¿Dónde está el humorista? (Braulio regresa corriendo a donde está Libertad) ¡Trae al humorista! ¡Trae los decorados! (Braulio sale corriendo del escenario).

Braulio vuelve a entrar con una bolsa negra en la mano y acompañado de un hombre de unos treinta años con el pelo engominado y gafas de sol. Viste camisa blanca y pantalón de traje y se sonríe continuamente. Braulio entrega la bolsa a Libertad, y ella extrae de ella unas figuras de porispán o de cartón que simbolizan flores, fuentes, árboles que dan

al escenario una apariencia campestre, bucólica y pintoresca. De todos modos, ha de notarse que es una decoración improvisada, puesta a prisa, sin cuidado.

LIBERTAD (a su acompañante Hércules, mientras coloca los decorados): Tú también puedes ayudar.

EL ACOMPAÑANTE (excusándose): Alguien tiene que observar mientras.

Libertad termina su trabajo. Comprueba con una mirada que los guardias están vestidos. Extrae de la bolsa negra una guirnalda de flores y la coloca en la cabeza. Después avanza hacia el hombre del pelo engominado, que es el humorista, y le dice:

LIBERTAD: Tú conmigo siempre. Es importante que te vean conmigo (y lo coloca a su lado).

EL HUMORISTA: ¿Empiezo ya?

LIBERTAD: No, no... espera a que lleguen (al acompañante) Y tú, Hércules, a mi lado también (lo coge de un brazo y lo coloca a su lado) Qué hermosa trinidad. Así estamos bien (mirando a los guardias) ¿Estáis listos? (Ellos asienten) Bueno (A Braulio, que mira al público con ojos de estúpido) Venga, tráelos ya (Braulio, caminando como un pato asustado, sale)

Transcurren pocos segundos. Se escucha un murmullo de gente que se acerca. Entra Braulio acompañado de cinco personas, dos mujeres y tres hombres. Van vestidos, los hombres, con pantalón blanco y camisa hawaiana. Las mujeres, con pareos y faldas cortas. Están permanentemente comentando y admirándolo todo. Levan cámaras de foto colgadas del cuello. Cuando entran, Braulio conecta el tocadiscos y se oye durante unos segundos una pequeña parte de “Música Acuática” de Häendel. La música termina.

LIBERTAD (improvisando): Ejem... Buenos días, señores... Yo soy Libertad, y tengo por misión enseñarles la entrada de la Quinta Habitación. ¿Podrían prestarme un minuto de atención? ¿Solo un minuto? ¿Sí? (los turistas guardan silencio) Este es el vestíbulo, ¿ven?. Está decorado así en homenaje a la cuarta égloga de Virgilio... Ustedes habrán oído hablar de la cuarta égloga de Virgilio, ¿no es así? (murmullos de aprobación) Aquella que empieza... (Libertad busca en su memoria, intentando encontrar el verso).

EL ACOMPAÑANTE: Sicelides Musae, paulo maiora canamus.

LIBERTAD (dando una palmada en la cabeza): Exacto, exacto. Muchas gracias a mi acompañante. Siempre dice todo a tiempo.

Los turistas aplauden a Hércules.

LIBERTAD: No, no es necesario que aplaudan. Eso resérvenlo para el final... Pero miren (señalando la puerta) Ese es el famoso templo cerrado y los dos ángeles custodios. Ahí estuvieron Adán y Eva, y ahí dicen que regresaremos todos. Nadie lo ha visto por dentro todavía, pero dicen que es bellísimo (Libertad, al decir esto, levanta la cabeza al cielo. Los turistas fotografían la puerta. Uno de los turistas se acerca al

guardia 1º y le toca la orla de su túnica para comprobar que es verdadera) Sí, queridos presentes, son reales... son reales. Pueden hablar, ¿no es así, angelitos?

GUARDIAS 1º Y 2º A LA VEZ : Sí.

Los turistas retroceden asustados. Una mujer da un grito corto.

LIBERTAD: No se asusten, no hacen daño.

HUMORISTA (iniciando su intervención): Son de cera, pero muy educados.

Los turistas miran al humorista y se ríen.

HUMORISTA (disculpándose): Es verdad.

Los turistas siguen riendo.

HUMORISTA (aparte): Nunca pensé que esta profesión fuera tan fácil.

TURISTA 1º (preguntando): ¿Se puede entrar?

LIBERTAD (reaccionando): Ah, no, no, está prohibido. Esta habitación es sagrada.

TURISTA 2º (una mujer sacando un fajo de billetes): Podemos pagar.

LIBERTAD (intolerante): De ninguna manera, señora. Es un delito, ¿sabe?. Esto es una cosa espiritual, que no está en el comercio de los hombres. Aquí solo entran los elegidos. Es decir, hasta ahora no ha entrado nadie, ¿no es así, angelitos?

GUARDIAS 1º Y 2º A LA VEZ: Sí.

Los turistas vuelven a asustarse.

LIBERTAD (tratando de convencerlos): Conténtense con mirar. Pero oigan (acordándose de algo) Esta habitación tiene su leyenda... Se cuenta- al menos, así me lo contaron a mí cuando era pequeña- que dentro de la habitación hay una gigantesca pantalla, de más de mil pulgadas, y que en ella se representa sucesivamente el nacimiento del mundo. Es hermoso, ¿verdad?. Esto lo contaba un poeta que asegura que lo vio con sus propios ojos.

TURISTA FEMENINA (protestando): ¡Qué aburrido!

TURISTA MASCULINO: ¿Y esa pantalla, es en color?

LIBERTAD: Creo que sí.

TURISTA MASCULINO 2: ¿Y es de alta definición?

HUMORISTA (sarcástico): Depende de la vista que usted tenga.

TURISTA FEMENINA 2: A mí me gustan mucho las películas de amor, los largometrajes lentos, y los cortometrajes cómicos de Charlie Chaplin... ¿En esa pantalla se proyecta alguna película de Charlie Chaplin?

LIBERTAD (dudando): Pues...

HUMORISTA: Ya lo creo. Los ratones hacen de todo.

Los turistas no parecen comprender.

HUMORISTA (en un aprieto): O las ratas...

Los turistas ríen.

HUMORISTA: Estoy a punto de reírme yo.

LIBERTAD (levantando los brazos): ¿Y bien, que les parece este acogedor vestíbulo? Esta arquitectura es colosal, grandiosa, revela el talento del Creador, que tal vez nos escuche...

HUMORISTA: ¿Eh?

Los acompañantes siguen mirando a la puerta, hipnotizados.

EL ACOMPAÑANTE (sentencioso): Todo mortal... Sin remedio... Seducido por esa puerta.

HUMORISTA: Y eso que no saben lo que hay detrás.

LIBERTAD (filosófica): Vamos, señores, pero qué sería del mundo si ese misterio se resolviese... Caerían una a una nuestras ilusiones... Es mejor que así sea...

EL ACOMPAÑANTE: Amén.

En este momento, se produce un hecho inesperado. De entre la turba de turistas avanza uno con una pistola en la mano. Se puede reconocer al hombre de la primera escena, a quienes los guardias le impidieron el paso a la Quinta Habitación. Avanza hacia la puerta y se coloca delante de los turistas, que retroceden aterrados.

EL ACOMPAÑANTE (con un susurro): El... maligno.

EL HOMBRE ARMADO (con sorna): Bien, ahora no dudo que me escucharán... Así lo he aprendido: “Cuando no te valga pedir, ordena”. (gira la vista hacia atrás) Estos dos señores disfrazados de ángeles me negaron la entrada a la Sala Infinita... Ahora he venido aquí para entrar, y aquel que se me oponga, lo mataré.

EL HUMORISTA (sin perder la sonrisa): ¿Ha comprobado que la pistola está cargada?

Una turista se desmaya. Otra grita. Los dos turistas masculinos se arrodillan y rezan.

LIBERTAD (clamando, con nervios): ¡Ay! ¡Ay! ¿Pero qué es esto?

EL HOMBRE ARMADO: Esto es una orden.

HUMORISTA: ¿Podemos pactar un aplazamiento?

EL HOMBRE ARMADO: Desde luego. Puede morir primero, si lo desea, para hacer tiempo.

HUMORISTA (aparte): Ahora el chiste lo ha hecho él.

GUARDIA 1º (quejándose): Si al menos tuviéramos nuestras armas...

EL HOMBRE ARMADO (gritando): ¡Deprisa! ¡Los turistas pueden marcharse!

Los turistas salen del escenario corriendo.

EL HUMORISTA: Recuerdo que dejé afuera el pañuelo... ¿Podría...?

EL HOMBRE ARMADO (gritando): ¡He dicho los turistas!

EL ACOMPAÑANTE (declamando): Hasta que se abra la puerta, sangre será nuestra bebida.

EL HOMBRE ARMADO (apuntando a los guardias): Abran la puerta.

Los guardias vacilan. Libertad grita “¡No!”. Los gritan a la vez: “¡Tirano!”. El acompañante Hércules avanza hacia el hombre armado y trata de sujetarlo cuando este se encuentra de espaldas a él. Ambos forcejean.

EL HOMBRE ARMADO (gritando): ¡Esto acabará en tragedia!

EL ACOMPAÑANTE: ¡Cobarde! Dependes de un arma...

LIBERTAD (gritando a pleno pulmón): ¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Bajad el telón! ¡Bajad el telón!

Los guardias abandonan la puerta y obedecen. Cae el telón.

acto segundo

La misma sala en penumbra del primer acto. Prácticamente la misma escena. Los guardias, vestidos de romanos, vigilan la puerta. No hay rastros del decorado campestre.

El escenario debe transmitir tristeza, soledad. Un pájaro, símbolo de la nostalgia, se oye cantar en la lejanía. Después del canto del pájaro, comienza el diálogo.

GUARDIA 1º: Nos han dejado como al principio.

GUARDIA 2º (meditabundo): Parece mentira que hubiese sucedido aquello... El pasado desaparece, y queda lo mismo, lo que no se puede llevar el tiempo.

GUARDIA 1º (ensimismado): ¿Qué es lo que no se puede llevar el tiempo?

GUARDIA 2º: La conciencia.

Unos segundos de silencio.

GUARDIA 2º: Aún así, no lo comprendo.

GUARDIA 1º: ¿Qué no comprendes?

GUARDIA 2º: No comprendo nada... Yo bien sé (se frota la frente) que aquí hay alguien más entre nosotros.

GUARDIA 1º: Eso es ridículo... (señalando al público) Ellos no participan... Ahí hay una pared incorpórea... Pertenecen a otro mundo.

GUARDIA 2º (sentencioso): Hay un solo mundo para todos.

GUARDIA 1º: Pues entonces serán los recuerdos... Las estatuas de los Antiguos. El Senado de los Antepasados. Las cosas que suceden vienen a parar ahí más tarde o más temprano.

Otros segundos de silencio.

GUARDIA 1º (aproximándose al guardia 2º): Oye.

GUARDIA 2º: Qué.

GUARDIA 1º: ¿Tú nunca has sentido curiosidad por...?

GUARDIA 2º: Eso es imposible. Nosotros estamos aquí para impedir que eso suceda.

GUARDIA 1º: Es verdad. Pero... Nosotros también...

GUARDIA 2º: No, no somos como ellos.

El guardia 1º hace ademán de hablar, pero luego opta por callarse. Se escucha el ladrido de un perro.

GUARDIA 1º: La llamada...

GUARDIA 2º: Es solo un fenómeno natural. No significa nada.

Unos segundos de silencio.

GUARDIA 2º (riendo solo): Ese pícaro...

GUARDIA 1º: ¿Quién?

GUARDIA 2º: El advenedizo ese... el de la pistola...

GUARDIA 1º: Ah.

GUARDIA 2º: No estuvo mal el simulacro, ¿verdad?

GUARDIA 1º: Por un momento me lo creí, pero después me dije: "el poder somos nosotros. Nosotros somos la divinidad. Nadie puede conculcar esa norma, porque si no, ¿qué sentido tendríamos?". Lo que ocurrió fue que nos pilló desprevenidos, representando y no actuando, para engatusar a esos turistas. Ellos quieren verlo todo premeditado, para sentirse seguros y organizar la sociedad en base a sus apreciaciones. No pueden ver las cosas cara a cara...

GUARDIA 2º: Necesitan olvidar la puerta.

GUARDIA 1º: Es que pensar que el quinto elemento está ahí dentro, el éter...

GUARDIA 2º: El éter... vapor de agua... nuestras ilusiones.

GUARDIA 1º: Pero yo he perdido la fe.

GUARDIA 2º (enfurecido): ¡Cállate!

Unos segundos de silencio.

GUARDIA 1º: ¿y Libertad? ¿Actúa o representa?

GUARDIA 2º: Representa, como los demás. Ella conduce al pueblo, a la asamblea, hasta la puerta, acompañada del humor y del entusiasmo, del sacerdote y del mesías. Los turistas de este mundo, que forman el pueblo, no pueden dejar de seguirla (pausa) Y así es la Historia, siempre igual para los que no nos movemos del sitio.

GUARDIA 1º: ¿Y el de la pistola, qué pretendía?

GUARDIA 2º: Interrumpir la representación. Pero nunca podrá conseguirlo.

GUARDIA 1º: ¿Por qué?

GUARDIA 2º: Porque es incapaz de matar una mosca. Es el Mal, el peor actor de esta pieza.

GUARDIA 1º: Consiguió que se bajase el telón...

GUARDIA 2º: Sí... Para volver a subirlo más tarde. ¿De qué sirve tener una pistola si no se puede apretar el gatillo? Si se abriese la puerta, todo se desvanecería. Ese hombre estaba loco, así que no puede representar con nosotros.

GUARDIA 1º: A ti te daba lástima al principio.

GUARDIA 2º: Sí, y me la sigue dando. En el fondo, en el fondo, yo sé que no es del todo malo...

Breve pausa.

GUARDIA 1º: Oye.

GUARDIA 2º: Qué.

GUARDIA 1º: ¿Y nosotros... actuamos o representamos?

GUARDIA 2º (tras una pausa): ¿Por qué me preguntas eso? ¿No sabes la respuesta?

GUARDIA 1º: Sí.. pero... a veces... a veces... (el guardia 2º suspira) No sé si hay... algo más... que esto.

GUARDIA 2º: Por supuesto que hay algo más (mirando a la sala) ¿Este escenario pobre te parece suficiente?

GUARDIA 1º: También están las cuatro habitaciones de arriba... Los dormitorios de los turistas...

GUARDIA 2º (enfurecido): ¡Pero no es suficiente! Cuatro habitaciones no llegan a formar el mundo que pensamos. Solo hay una posibilidad racional: adjudicar a la Quinta Habitación lo que no podemos ver.

GUARDIA 1º: Pero eso no prueba nada.

GUARDIA 2º (golpeando el suelo con el pie): ¿Y qué? ¿Acaso puedes tú demostrar que no es verdad?

GUARDIA 1º (tímido): Pero la carga de la prueba... en todo caso... incumbe al que afirma...

GUARDIA 2º (gritando): ¡Pues yo no afirmo nada, niego que tengas razón!

GUARDIA 1º (afable): Te has puesto nervioso.

GUARDIA 2º (protestando): ¡Me pongo como me da la gana!

GUARDIA 1º (en voz baja): Yo... perdona...

GUARDIA 2º (enfurecido): ¡Me estás contagiando tu falta de fe!

GUARDIA 2º (disculpándose): Es que yo... quiero creer.. pero a veces... siento una falta...

GUARDIA 2º: ¡Te estás volviendo cobarde, como el loco ese que vino aquí con la pistola!

GUARDIA 1º (prosiguiendo): El otro día soñé... que entraba en la habitación... Tú no estabas... Y cuando entré... cuando entré vi todo oscuro... y el interior olía a cerrado, un poco a humedad, como un abismo... Y yo grité, pero nadie me contestó, porque no había nadie dentro... Estaba solo... Allí...

GUARDIA 2º (despreciándolo): Eso son imaginaciones... Tu falta de fe te engaña.

GUARDIA 1º: Yo quiero pensar que es así... Pero si me dieran una prueba, aunque fuera como un átomo...

GUARDIA 2º: ¡Y dale con la obsesión! Si hubiera pruebas, no estaríamos aquí.

GUARDIA 1º: Puede ser... o... es... Ambas cosas son lo mismo... Pero lo que sí sé, es que en esta situación no podré seguir por más tiempo.

GUARDIA 2º (revolviéndose): ¿Vas a abandonar?

GUARDIA 1º (firme): No... Voy a entrar.

GUARDIA 2º (asustado): ¡Estás loco!

GUARDIA 1º (firme): Ahora sé que no puedo hacer otra cosa. Es mi destino...

GUARDIA 2º (encarándose con él): ¡Por encima de mi cadáver!

GUARDIA 1º (mirando a la puerta): Lo siento... Somos compañeros de oficio, y el continuo trato nos ha hecho amigos... Pero en este preciso instante mi paciencia se termina... y debo entrar o morir. No hay término medio.

GUARDIA 2º (tratando de relajarlo): Intenta tranquilizarte... Tal vez estés pasando por un mal momento... Recapacita.. Lo que pretendes es imposible.

GUARDIA 1º (firme): Te equivocas. Es posible. Lo imposible es que tú lo aceptes.

GUARDIA 2º (resuelto): Pues entonces, vence o muere (y lo golpea con el puño en la sien. El guardia 1º cae. Mientras está en el suelo, el guardia 2º extrae un puñal del cinto y finge apuñalarlo)

El guardia 1º no se mueve del suelo. Transcurren unos segundos. El guardia 2º está inquieto y comienza a dar vueltas alrededor del escenario. Se acerca a la puerta. Hace ademán de asir el pomo y desiste, durante tres veces. Después mira al fallecido con profunda preocupación y se muerde las uñas. Vuelve a dar una vuelta alrededor del escenario. Se sienta en el suelo. Se levanta. Va hacia la puerta y ase el pomo. Lo suelta como si ardiese. Vuelve a mirar al fallecido, después al público, y desesperado por el

remordimiento, vuelve a extraer el puñal con el que mató al guardia 1º, y se hiere con él en el pecho. Cae al suelo. Se escucha el ladrido de un perro y después el canto de un pájaro. Transcurre medio minuto, pasado el cual la puerta se abre y entra al escenario un niño de unos cinco años con un cubito de playa en la mano. El niño parece desorientado, mira a los cadáveres que están al lado de la puerta y mira al público, sin comprender. Asustado, vuelve a entrar en la habitación y cierra la puerta.

FIN DE LA OBRA

DIOS

acto primero

Una clase de primaria. Nueve alumnos de aproximadamente doce años de edad, sentados cada uno en su respectivo pupitre, atienden a Don Pío, el profesor. Don Pío escribe con tiza en una pizarra, delante de una mesa baja.

DON PÍO (explicando una ecuación de primer grado): Mirad, niños, esta es la incógnita, ¿veis?. Incógnita quiere decir aquella cantidad cuyo valor aritmético no conocemos... Lo que nos interesa es descubrir la incógnita, porque lo demás ya lo tenemos. Estos números nos ayudarán a descubrir la incógnita, porque los demás ya los tenemos. Son como agentes de policía, ¿sabéis?. Si la incógnita es el sospechoso, lo que tenemos que hacer es aislar al sospechoso, dejarlo solo para que no pueda comunicarse y escapar, como en la cárcel, ¿veis?. Así que vamos a separarlo a la derecha del signo igual, pero ¡cuidado! Las cantidades cambian de signo al cambiarlas de lugar, no lo olvidéis... Las cantidades son como los partidos políticos... O están a la derecha con un signo o a la izquierda con otro... Los signos son el positivo y el negativo. De esta forma (consigue despejar la x) ya tenemos en la cárcel a la incógnita. Ahora vamos a descubrir su valor (señalando a un niño) ¿Cuál crees que es su valor, Juanito?

JUANITO: Lo que está a la izquierda del signo igual.

DON PÍO: ¡Exacto! ¡Muy bien, Juanito, muy bien! (los demás niños miran al vitoreado) El valor de la incógnita son estas cifras que tenemos aquí, cada una con un signo. Ahora vamos a resolver la operación. Esto ya no importa, porque lo sabe hacer cualquiera. Lo importante en las ecuaciones es despejar bien la incógnita, ¿estamos?. Muchos se confunden en esto, que es lo único importante... A ver, ¿sabéis ya resolver una ecuación de primer grado?

TODOS LOS NIÑOS A LA VEZ: Sí.

DON PÍO: ¿Conque sí, eh? Muy bien, pues voy a haceros caso. Voy a poneros una ecuación para mañana. Los que la resuelvan correctamente, tendrán premio. ¡A ver lo que sois capaces de hacer! (dictando) Copiad: $2x + 24 = 322 – 5$. A ver si encontráis al sospechoso. ¡Buena suerte!

UNA NIÑA: Profesor...

DON PÍO: ¿Qué pasa, Isabelita?

LA NIÑA: ¿La tenemos que resolver solos o podemos pedir ayuda a nuestros papás?

DON PÍO: La tenéis que resolver solos... ¿Si no, qué mérito tendría?

UN NIÑO: Profesor...

DON PÍO: ¿Qué ocurre, Samuel?

UN NIÑO: ¿La incógnita siempre es la x o puede ser un número?

DON PÍO: Siempre es la x, hombre... Si fuera un número, ya no sería incógnita...

OTRO NIÑO: Profesor...

DON PÍO: ¿Qué ocurre, Gonzalito?

EL NIÑO: ¿Y la incógnita puede valer cero?

DON PÍO: Sí. Puede valer cero.

EL NIÑO: ¿No dijo usted que tenía que tener un valor?

OTRO NIÑO (haciéndose el gracioso): ¡Como el valor de tus exámenes!

Risas de la clase.

EL MISMO NIÑO (avergonzado): Mentira, yo saco mejores notas que tú... y eso que no copio de nadie como tú haces...

EL OTRO NIÑO (PROTESTANDO): ¡Yo no copio de nadie, idiota!

EL MISMO NIÑO (protestando también): ¡Idiota tú!

DON PÍO (levantándose y dando una palmada sobre la mesa): ¡Basta ya! ¿Os tengo que castigar a los dos?

GONZALITO: Empezó él (acusando al otro)

DON PÍO: ¡Me da lo mismo quién empezara! Dos no discuten si uno no quiere. Así son las guerras entre los hombres... Por un quítame allá esas pajas se toman las armas y se matan inocentes... Hay que ser personas, ¿estamos?. Aquí todos somos iguales...

La clase guarda silencio durante unos segundos.

UNA NIÑA: Profesor...

DON PÍO: ¿Qué pasa, Elisita?

LA NIÑA: El otro día, Martín me llamó una cosa muy fea...

Martín es el niño que dijo la gracia anterior.

MARTÍN (protestando): ¡Chivata!

DON PÍO: ¿Es eso verdad, Martín?

Martín baja la cabeza y no dice nada.

DON PÍO (al niño): ¡Estoy hablando contigo!

MARTÍN (desde el asiento): Perdón.

DON PÍO (divagando): Muy bien hecho. La reconciliación es la mayor de las hazañas. ¡Vaya! (mirando el reloj) Se acabó la hora de aritmética. ¡Empezamos la tarea de lectura!

TODOS LOS NIÑOS AL UNÍSONO: ¡Bieeeeeeen!

Don Pío se sienta en la mesa del profesor y extrae un libro del pupitre.

DON PÍO: A ver, sacad el libro de lectura.

Los niños extraen un libro de sus pupitres.

DON PÍO: Empezamos leyendo el cuento cuyo título reza (hojeando el libro y deteniéndose en una página) “El niño bueno”, en la página 26 de vuestro libro... A ver, Javier, vas a empezar el cuento tú.

JAVIER (siguiendo la lectura con el dedo): “Había una vez un niño que vivía en un pueblo donde todo el mundo era ignorante. Sus padres eran ignorantes también, y no le

pudieron enseñar nada. Siempre le decían: “Hijo, ten cuidado de no hacerte daño jugando con los otros niños. Ellos intentarán aprovecharse de ti”. Era todo cuanto sabían. Una vez el niño salió a jugar al campo y vio a dos niños peleándose por ver quién era el más fuerte. Esto le disgustó, porque las peleas no sirven más que para lastimarse. Entonces les dijo a los que se peleaban: “No hagáis eso. El más fuerte es aquel que nunca pelea”. Los niños lo miraron y uno de ellos le preguntó: “¿Y por qué tenemos que hacerte caso?”. El niño les respondió: “Porque me lo dijo mi padre, que sabe más que vosotros”. Ellos interrumpieron la pelea, convencidos de lo que les dijera. Otras veces encontró a otros niños peleando y también les dijo lo mismo, y pronto todos los niños dejaron de pelearse. Pero un día, un niño, acompañado de un grupo de niños, le preguntó al pacificador: “Niño bueno, ¿quién es tu padre?”. Él les respondió: “Mi padre es como el vuestro”. El otro niño le dijo: “Llévanos junto a tu padre, porque queremos conocerlo”. Pero el niño bueno le dijo: “Mi padre no es diferente del vuestro. Escuchad cada uno a vuestro padre, y os dirá lo mismo que me dice el mío”. Pero entonces, uno de la cuadrilla, envidioso del niño bueno, que empezaba a convertirse en el líder de todos, le dijo: “Tú eres un mentiroso. No tienes padre”. Él le replicó: “Sí lo tengo”. Pero ellos le exigieron: “Enséñanoslo”. El niño bueno se incomodó y les dijo: “Mi padre no vive aquí”. “¡Mentira! ¡Mentira!” gritaron los otros niños, y, agarrándolo, lo tumbaron en el suelo y comenzaron a burlarse de él y a golpearlo. Él no se defendió. Llegó la noche y se fueron, dejando al niño bueno tumbado y sucio en el suelo. Pero a la mañana siguiente...”

DON PÍO (interrumpiéndolo): Bien, Bien, Javier, ya es suficiente. Sigue tú, Samuel.

SAMUEL: “Pero a la mañana siguiente el niño, sucio y lastimado como estaba, se presentó en medio de los otros niños que jugaban en el campo, y les dijo: “Me habéis golpeado, pero vuelvo otra vez a vosotros. Cuantas veces me lastiméis, otras tantas veces regresaré a veros para recordaros lo que habéis hecho conmigo y no tomaré venganza. Así sabréis que digo la verdad”. Los niños se asustaron un poco al verlo, pero después, reflexionando, le pidieron: “Niño bueno, niño bueno, manda sobre nosotros”. El niño les contestó: “Yo no mando. Yo obedezco a mi padre”. Y desde aquel día, el niño bueno se convirtió en jefe de los otros niños” (pausa) Se terminó.

DON PÍO: Admirable cuento, a mi fe. Tenéis mucho que aprender de él. El niño bueno es la imagen de lo que todos vosotros debéis ser, desechando los conflictos y la violencia, que engendran odio, y aplicando el amor indiscriminadamente a todos vuestros semejantes.

UN NIÑO: Profesor...

DON PÍO: ¿Qué pasa, Juanito, lumbrera de la clase?

JUANITO: El niño bueno, ¿existió de verdad?

DON PÍO (dubitativo): No tiene importancia que existiera o dejara de existir. Lo importante del cuento no es su protagonista, sino su obra, es decir, su actitud. El niño bueno es un símbolo de la virtud. Lo demás no son más que accesorias palabras.

UNA NIÑA (levantando la mano): Profesor, ¿qué es un símbolo?

DON PÍO: Pues un símbolo es algo que remite a otra cosa. Por ejemplo, cuando digo, si estoy preocupado: “me arde la cabeza”, no quiere decir que mi cabeza esté en llamas, sino que me duele bastante.

OTRO NIÑO (levantando la mano): Profesor, ¿y cómo se sabe cuándo una cosa es un símbolo y cuándo no?

DON PÍO: Buena pregunta, Vicentito. Es difícil saberlo, pero para ello es necesario investigar la razón de fondo que tenía la persona que dijo una frase simbólica. Lo mejor es no quedarse con las primeras impresiones.

OTRO NIÑO: Profesor, ¿y cuando alguien muere y dice la gente “ va al Cielo” es un símbolo, verdad?

OTRO NIÑO DISTINTO: ¡No es verdad, no es verdad!

EL OTRO: ¡Sí es verdad! ¡Me lo dijo mi abuela!

DON PÍO (poniendo orden): ¡Silencio! No hay que pelearse por diferencias de opinión. Cada uno tiene derecho a formular sus dudas... Pues bien, respecto a lo de ir al Cielo, no se sabe si es un símbolo o por el contrario, su significado es literal. Es una cuestión que no podemos conocer ni debatir, porque nadie que haya ido al cielo ha vuelto para darnos la noticia. Así que los que opinen una u otra cosa sobre el particular están empatados.

Los niños guardan silencio. De repente, un individuo cuya naturaleza es aleatoria, entra en clase e interrumpe al profesor.

EL INDIVIDUO: Don Pío. El Director del colegio quiere hablar con usted.

DON PÍO: ¿Ahora? Estoy impartiendo clase.

EL INDIVIDUO: El Director dijo que tenía que ser de inmediato.

DON PÍO (dudando): Muy bien. Dígale que voy ahora mismo.

El individuo sale de clase.

DON PÍO (levantándose): Tengo que irme un momento (señalando a un niño) Juanito, tú quedas encargado del orden. Te doy el mando mientras me encuentro fuera. Vosotros, niños, obedeced a Juanito en todo hasta que vuelva. Y tú, Juanito, compórtate como lo haría yo.

JUANITO (levantándose y sentándose en la mesa de Don Pío): Sí, profesor.

DON PÍO: Bien, bien... Hasta luego. Portaos bien (sale)

Cae el telón

acto segundo

La misma clase. Juanito sentado en la mesa del profesor. Silencio sepulcral durante aproximadamente un minuto. Después de un lapso de tiempo, Vicentito habla.

VICENTITO: Me aburro...

JUANITO (desde la mesa): ¡Pues te callas!

GONZALITO: Yo también me aburro...

JUANITO (enfadado): ¡Aquí se calla todo el mundo o empiezo a castigar!

Silencio.

SAMUEL: Yo quiero seguir leyendo...

JUANITO: No puedes seguir leyendo porque ahora no es momento de leer.

Silencio.

ISABELITA: Tengo gana de ir al baño.
JUANITO: Mientras no vuelva Don Pío, nadie puede ir al baño.

ISABELITA (protestando): ¿Por qué?

JUANITO: Porque lo digo yo.

Silencio. Los niños se aburren. Un niño, sentado detrás de otro, comienza a tocar su espalda con la punta de un lápiz. El otro niño se revuelve y le da una bofetada, todo en silencio.

EL NIÑO GOLPEADO: Juanito... Martín me ha pegado.

EL OTRO: La culpa es de Javier. Él me molestó primero.

JUANITO (levantándose y dando una palmada en la mesa, imitando al profesor): ¡Basta ya! Aquí no se pelea nadie... ¡Martín y Javier, castigados! ¡Poneos de cara a la pared!

MARTÍN (protestando): ¡Yo no tuve la culpa, Juanito! ¡Fue él quien me molestó con la punta del lápiz! ¡A mí no puedes castigarme! ¡No es justo!

JUANITO: Me da igual... Soy yo quien da las órdenes y os digo que os castigo a los dos por interrumpir la clase.

Los niños, obedeciendo de mala gana, se colocan de cara a la pared. Silencio de nuevo.

ISABELITA: Juanito, quiero ir al baño.

JUANITO: Ya te dije que no podías ir.

ELISITA (intercediendo por su amiga): Juanito, Isabel tiene gana de ir al baño y no puede contenerse más... Si estuviera Don Pío, la dejaría ir.

JUANITO: ¡me da igual lo que hiciese Don Pío! Ahora soy yo el que mando y digo que se tiene que aguantar.

ELISITA: Pero no puede.

JUANITO: ¡Pues me da lo mismo! No quiero que vuelva Don Pío y me eche las culpas de incumplir mi obligación por un capricho vuestro, o por una necesidad, como lo quieras llamar... Aquí todo el mundo ha de estar en el mismo estado que cuando se fue Don Pío, para que cuando vuelva, vea todo como estaba y me diga: "Juanito, has hecho bien lo que te mandé".

ELISITA: Pero eso es imposible porque, mientras tanto, suceden cosas.

JUANITO: Pues yo prohíbo que sucedan.

ELISITA: No puedes.

JUANITO: ¡Sí puedo!
ELISITA: No puedes.

JUANITO: ¡Elisita! (señalándola) ¡Castigada por desobedecerme! ¡A la pared!

ISABELITA: No puedes castigar a mi amiga. Ella solo habló para defenderme.

JUANITO (irónico): ¿Ah, sí? ¿Otra rebelde? Aquí para hablar hay que pedir permiso... Como le quieres tanto a tu amiga, la vas a acompañar en el castigo. ¡Las dos a la pared!

Las dos niñas se levantan y se ponen en la pared, junto a los niños. Silencio sepulcral.

VICENTITO: Me aburro...

GONZALITO: Yo también me aburro...

JUANITO: ¡A callar! ¿También tenéis gana de ir a la pared?

VICENTITO: No queremos ir a la pared. Queremos hacer algo.

JUANITO: Está prohibido hacer algo mientras no vuelva Don Pío.

GONZALITO: ¿Y cuándo va a volver Don Pío?

JUANITO: No lo sé. No me lo dijo.

VICENTITO: ¡Ya sé lo que podemos hacer! Juanito, ¿nos dejas leer el cuento del niño bueno? A Don Pío le gustó mucho...

JUANITO (pensándolo): Está bien. Es un cuento muy bonito. Podéis leerlo, pero solo ese cuento, no otros.

VICENTITO: ¡Vale! ¡Gracias, Juanito!

Los dos niños sacan el libro para leer.

MARTÍN (desde la pared): ¿Nosotros también podemos leer el cuento del niño bueno?

JUANITO: No. Vosotros no. Estáis castigados.

MARÍA (una niña tímida): Juanito...

JUANITO: ¿Qué pasa, María?

MARÍA: ¿Puedo morderme las uñas?

JUANITO (riendo): Claro, María, eso no está prohibido...

MARÍA (con voz débil): Gracias...

Silencio. Las niñas que están castigadas, para no aburrirse, comienzan a dibujar con lápiz un muñeco en la pared, una especie de caricatura, y le ponen encima un letrero que reza: JUANITO. El encargado se da cuenta de lo que hacen.

JUANITO: ¡Elisa! ¡Isabel! ¿Qué estáis haciendo?

LAS DOS: Nada...

Juanito se levanta y las descubre.

JUANITO: ¿Conque sí, eh? ¿Burlándoos de mi autoridad? Pues ahora veréis... ¡Castigadas!

ELISITA: Ya estamos castigadas.

JUANITO (dudando): Es verdad... Pues ¡de rodillas!. Eso es, ¡de rodillas!

Las dos niñas se arrodillan. Juanito contempla su propia caricatura y ríe en voz baja.

JAVIER: Juanito, no deberías haber mandado poner de rodillas a las niñas. No se lo merecen. Se aburren porque las castigaste sin culpa.

JUANITO: ¿Y Quién eres tú para discutir mis órdenes?

JAVIER: Soy un niño como tú. Y sé que si Don Pío estuviera aquí, te castigaría a ti, y no a ellas.

JUANITO: Por encima de estar castigado, te atreves a poner en duda mis decisiones. ¡Eres un pobre tonto!

JAVIER: Soy un niño como tú.

JUANITO: Pero no tienes poder para llevarme la contraria.

JAVIER: Si incumples tus obligaciones, sí.

JUANITO: ¿Y cómo sabes tú que incumplo mis obligaciones?

JAVIER: Porque no atiendes a razones.

JUANITO: ¿Y Quién eres tú para...?

JAVIER: Soy un niño como tú.

JUANITO (golpeando el suelo con el pie): ¡Basta! ¡Por llevarme la contraria y desafiar mi poder, de rodillas!

Javier se arrodilla.

MARTÍN: Yo también quiero estar de rodillas, porque me parece injusto lo que has hecho con Javier.

JUANITO: ¿Ah, sí? Pues, ¡venga, venga! Acompaña a tu amiguito. Así, así. Aquí se hace todo a pedir de boca.

Martín se arrodilla.

Juanito vuelve a la mesa del profesor y se sienta en ella. Silencio. Juanito tamborilea con los dedos sobre la mesa, aburrido.

JUANITO: Me apetece leer, pero tengo que vigilar la clase (mirando a los niños que quedan en los pupitres) ¡Qué suerte tenéis vosotros, que podéis leer!

VICENTITO: Juanito, ¿podemos escribir el cuento del niño bueno de otra manera, poniéndoles nombres a los personajes?

JUANITO (dudando): No. El cuento del niño bueno es sagrado. Así es como le gustaba a Don Pío.

VICENTITO: Pero el cuento es el mismo. Solo les pondremos nombres a los personajes.

JUANITO (dudando): No. Eso está mal.

VICENTITO: ¿Por qué está mal?

JUANITO: Porque así le gusta a Don Pío.

VICENTITO: Pero esto es solo para nosotros.

JUANITO: No. El cuento tiene que ser el mismo para todos, con los mismos personajes, porque lo que le gusta a Don Pío, tiene que gustarnos también a nosotros.

VICENTITO: ¿Por qué?

JUANITO: Porque sí.

VICENTITO: ¿Y no podemos tener otra opinión?

JUANITO: No.

VICENTITO: ¿Por qué?

JUANITO: Porque no.

VICENTITO: ¿Y Si la tenemos?

JUANITO: Vicentito, me estás empezando a cansar con tus preguntas. ¿Quién es el mejor de la clase?
VICENTITO: Tú.

JUANITO: Pues entonces, cuando digo algo, no se discute, ¿estamos?

VICENTITO: Es que tú tampoco eres perfecto...

JUANITO: Soy más perfecto que tú, porque así le parece a Don Pío. Y si no te gusta, le echas azúcar, ¿vale?

VICENTITO: Vale, pero Don Pío dijo que nuestras opiniones so iguales.

JUANITO: Mi opinión no es igual a la tuya, porque yo mando y tú no.

VICENTITO: ¡No es justo!

JUANITO: ¡Castigado! Te has revelado contra mí.

Vicentito se levanta y se coloca en la pared.

GONZALITO: Juanito. Don Pío dijo que teníamos que ser como el niño bueno. Y tú no estás siendo como el niño bueno. Castigas a todo el mundo sin culpa.

JUANITO: ¡Otro! ¿Tú qué sabes del niño bueno? Suspendiste matemáticas...

GONZALITO: Eso no tiene que ver.

JUANITO: Tiene que ver porque no sabes.

GONZALITO: Pero sé lo que está bien y lo que está mal. Y tú obras mal.

JUANITO: Te equivocas.

GONZALITO: No.

JUANITO: ¡Castigado por desobedecer mis órdenes y acusarme!

Gonzalito se levanta y se coloca en la pared. Solo queda María en su pupitre.

JUANITO: Ya veréis cuando llegue el profesor y os vea a todos castigados... La que se va a armar...

María tiene miedo y empieza a llorar.

JUANITO: ¿Por qué lloras, María?

MARÍA (sollozando): Porque tengo miedo.

JUANITO: ¿Y de qué tienes miedo?

MARÍA: De ti.
JUANITO: ¿Por qué?

MARÍA: Porque eres malo.

JUANITO: ¿Que yo soy malo? ¡Castigada!

Cae el telón.

acto tercero

La misma clase. Todos los niños están castigados en la pared. Cuatro de ellos están de rodillas. Juanito, aburrido, pasea por la clase mientras habla solo.

JUANITO: ¡Qué vergüenza! Soy el único que me porto bien. Ahora es cuando se descubren las cosas. Cuando vuelva Don Pío, me dará un premio por mi lealtad, y a vosotros (señalando a los niños) os castigará como merecéis.

MARTÍN: ¿Todavía más?

Los niños ríen.

JUANITO: ¡Basta de charla! No penséis que porque estás de rodillas, Martín, tus faltas van a quedar impunes. Pues yo soy lo suficientemente listo, y se me ocurrirán nuevos correctivos que imponeros. Así que mano a la boca, que en boca cerrada no entran moscas.

Silencio durante unos segundos. Juanito está preocupado. Se rasca la cabeza, intenta calmarse pero no puede. En voz baja dice “Maldita sea”. Los niños lo miran.

JUANITO: Me están entrando ganas de ir al baño... No puedo evitarlo... Voy a tener que dejaros un instante. Que nadie se mueva.

ISABELITA (protestando): De eso nada, si a mí no me has dejado ir al baño, no irás tampoco tú.

JUANITO (pensando): Tienes razón... Pues, ¿sabes lo que te digo? Te retiro el castigo y te doy dispensa para que puedas ir al baño, pero has de volver conmigo.

Los niños forman murmullo.

JUANITO: ¡A callar!

GONZALITO: Si ella puede ir al baño, yo también quiero ir.

MARTÍN: Y yo.
VICENTITO: Y Yo.

JAVIER: Y yo.

SAMUEL: Y yo.

ELISITA: Y yo.

MARÍA: Y... yo.

JUANITO: ¡Basta! ¡No puede quedar la clase sola!

MARTÍN: Pues no vayas tú al baño.

JUANITO (pensando): No. Se me ocurre otra idea. Iré primero yo y después vosotros de uno en uno.

VICENTITO: ¿Y por qué primero tú?

JUANITO: Porque soy el que manda y tengo prioridad sobre vosotros (Juanito se sonríe después de esta idea) Así que esperad por mí... Mientras estoy fuera, el que se mueva tiene doble castigo (sale)

Los niños, inmediatamente después de que salga Juanito, se reúnen en corrillo y hablan.

VICENTITO: No podemos dejar que nos siga vigilando así. Esto es insoportable.

CORO DE NIÑOS: ¡Sí! ¡Es insoportable!

ELISITA: Pero Don Pío le ha dado autoridad para que nos vigile.

VICENTITO: Es verdad. Pero él está actuando en contra de la lógica, así que la lógica dice que hay que destituirlo.

LOS NIÑOS: ¡Bieeeen! ¡Viva Vicentito!

VICENTITO: Vamos a hacer un plan. Nosotros somos más fuertes que él, así que cuando vuelva del baño, nos echamos a él todos juntos y le obligamos a dimitir.

LOS NIÑOS: ¡sí! ¡Viva Vicentito!

Se refugian detrás de la puerta. Cuando vuelve Juanito, se echan sobre él.

JUANITO (protestando): ¡Eh! ¿Pero estáis locos? ¡Dejadme en paz u os castigo!

VICENTITO: No te dejaremos en paz hasta que no reconozcas que has incumplido con tu obligación y que vas a dimitir.

JUANITO: ¡Dimitir yo! ¡El mejor de la clase! ¡No!

Los niños lo golpean.

VICENTITO: Si no dimites, no te dejaremos en paz.

LOS NIÑOS (gritando): ¡Dimite, Juanito!

JUANITO: No dimito, no dimito.

LOS NIÑOS (más fuerte): ¡Dimite, Juanito!

VICENTITO: Todos quieren que dimitas.

JUANITO: Vosotros no sois nada. Don Pío es el que...

VICENTITO: Nosotros, ahora, somos los que mandamos, porque tú has incumplido.

JUANITO (dudando): Pero eso no es lo que dice el cuento del niño bueno. Vosotros no hacéis lo que dice el cuento del niño bueno...

VICENTITO: Tú tampoco lo has hecho, y tenías que dar ejemplo.

JUANITO (se calla y baja la cabeza)

VICENTITO: ¿Dimites?

LOS NIÑOS: ¡Dimite, Juanito!

JUANITO (renunciando a todo): Haced lo que queráis... Ya os ajustará las cuentas Don Pío.

LOS NIÑOS (gritando): ¡Bieeeeeen! ¡Viva Vicentito!

Los niños abrazan a su líder.

LOS NIÑOS: ¡Vicentito delegado!

VICENTITO (sentándose en la mesa del profesor): Bueno, muchas gracias por vuestro apoyo... Ahora, sentaos cada uno en su pupitre. Tú también, Juanito.

Todos se sientan.

VICENTITO (sentado): Ahora, todo el mundo a leer el cuento del niño bueno.

LOS NIÑOS: ¡Bieeeeen!

Los niños sacan los libros y comienzan a leer. Segundos de silencio. De repente, se oye la voz de Juanito leyendo en voz alta.

MARTÍN (quejándose): ¡Que se calle Juanito! ¡Está molestando a los demás!

VICENTITO: Juanito, no molestes.

JUANITO (con malicia): ¿Qué pasa? ¿No tengo libertad para leer en voz alta?

VICENTITO: Si molestas, no.

JUANITO: Pues entonces no puedo leer.

VICENTITO: No leas.

JUANITO: Si no leo, entonces me aburro...

VICENTITO: Nadie tiene la culpa.

JUANITO: Y Si me aburro, sufro por culpa vuestra...

GONZALITO: ¡Que se calle ya!

VICENTITO: Juanito, tienes que obedecer las normas.

JUANITO (protestando): Esto no me gusta.

VICENTITO: Pero tienes que aceptarlo. Has dimitido.

Silencio durante unos segundos.

ELISITA: Vicentito, Isabelita todavía quiere ir al baño, ¿la vas a dejar?

VICENTITO: Claro. Las normas antiguas ya no rigen.

Isabelita se levanta y sale.

JUANITO (con malicia): Yo también quiero ir al baño.

VICENTITO: No irás, Juanito, porque tú tampoco has dejado ir a los demás.

Segundos de silencio.

JUANITO: Vicentito...

VICENTITO: ¿Qué?

JUANITO: ¿Por qué eres tú el delegado?

VICENTITO: Porque me han elegido.

JUANITO (mirando a los otros niños): ¿A nadie le apetece ser delegado?

Todos levantan la mano.

JUANITO: Parece que nadie está de acuerdo en que seas tú el delegado.

VICENTITO (apretando los puños): ¡Cállate!

JUANITO: ¿Por qué tengo que callarme?

VICENTITO: Ellos me han elegido.

JUANITO: Y Ahora parecen haber cambiado de opinión.

MARÍA (levantando la mano): A mí... me gustaría ser delegada mucho.

MARTÍN: ¡Cállate! Tú eres una niña, y las niñas no son delegadas.

JUANITO (con malicia): ¿Por qué?

MARTÍN: Porque sí. Porque no es costumbre.

JUANITO: Pero tampoco es costumbre que Vicentito haya ocupado el cargo de delegado utilizando esos métodos...

VICENTITO (levantándose): ¡Eh! ¡Eh! ¡Que no haya barullo! ¡ A leer el cuento del niño bueno!

JUANITO: Vaya, a Vicentito no le gusta que hablemos de este tema...

VICENTITO: Las cosas se hacen una vez y ya está.

JUANITO: Porque lo dices tú...

VICENTITO: Soy el que mando.

JUANITO: con el apoyo de los demás niños...

VICENTITO: ¡Cállate, Juanito, te voy a castigar!

JUANITO. ¿Pero esa no era la norma antigua? Vicentito empieza a incumplir su programa... Yo apoyo a María para que sea delegada.

En este momento entra Isabelita en la clase.

JUANITO: ¿Y Tú qué dices, Isabelita? ¿Prefieres que María sea delegada o no? Ella es tu amiga.

ISABELITA (dudando): Sí

VICENTITO (enfadado): ¡Traidor! ¡Eso no vale!

JUANITO: Aquí vale todo.

VICENTITO (echándose al cuello de Juanito): Te voy a pegar...

ELISITA: ¡Basta! ¡Esto no puede ser! María, tú ibas a ser elegida... Haz algo.

Los otros niños comienzan a pelearse también.

MARÍA (subiendo a la mesa del profesor): ¡Parad! ¡Parad! ¡Ahora mando yo!

Los niños siguen peleando.

Cae el telón.

acto cuarto

La misma clase. Los pupitres y las sillas volcados por el suelo. Los niños peleándose. María, desde la mesa del profesor, intenta poner orden.

MARÍA: Por favor... Por favor... Don Pío nos va a castigar a todos.

Isabelita y Elisita suben a la mesa del profesor para ayudar a su amiga.

ELISITA: ¡Se acabó, niños! ¡Ahora vamos a compartir la delegación nosotras!

Los niños miran a la mesa del profesor. Se echan a reír.

JAVIER: Nosotros no os apoyamos.

ELISITA: Pero nosotras tenemos la razón.

JAVIER: Pues comérosla si tenéis hambre.

Los niños se echan a reír.

ISABELITA: Son unos idiotas.

ELISITA: Pero no podemos hacer nada contra ellos.

ISABELITA: ¡Ya sé! Cuando vuelva Don Pío, los encontrará ahí peleándose y los castigará.

ELISITA: Tienes razón. ¡Que los castigue, para que aprendan!

La clase aparece dividida en dos facciones: por una parte los niños peleándose; por otra, las niñas en la mesa del profesor.

MARÍA: ¿Por qué no nos ponemos a leer nosotras el cuento del niño bueno?

ELISITA: Buena idea. Así, Don Pío nos premiará cuando vuelva por haber dado ejemplo a los niños.

Las niñas cogen los libros en sus pupitres y empiezan a leer.

ELISITA: María, ¿por qué no lees un párrafo en voz alta? Es que tengo curiosidad por saber cómo lees.

MARÍA: Es que leo mal...

Elisita le da un codazo a Isabelita y ambas se apartan de María.

ELISITA (a Isabelita, en voz baja): ¿Sabes? A mí me parece un poco tonta.

ISABELITA (riendo): Sí. No sabe ni leer. (después de un rato) Oye, ¿y tú cómo lo haces?

Elisita lee una frase.

ISABELITA: A ver yo (lee otra frase)

ELISITA: Lo haces bien. Pero te falta un poco para hacerlo como yo.

ISABELITA: Yo lo hago mejor que tú.

ELISITA: No.

ISABELITA: Sí.

ELISITA: No.

IISABELITA: Sí.

ELISITA: Eres tonta.

ISABELITA: Tonta tú.

Las dos niñas se enfadan. María, sola, comienza a llorar. La clase se alborota. En este instante, entra Don Pío en clase. Todos, aterrados, se colocan en sus pupitres, presintiendo el castigo.

DON PÍO (mirando el desorden): Pero, ¿qué es esto? Juanito... ¿No te nombré encargado de la clase? ¡Mira cómo la he dejado y cómo la recibo!

JUANITO (desde su asiento): No es culpa mía... Los niños me desobedecieron y me obligaron a que dimitiese por la fuerza.

DON PÍO (limpiando la mesa del profesor): Así que se amotinaron... Pues que se vayan preparando para el castigo.

VICENTITO (también desde el asiento): ¡Juanito incumplió sus obligaciones y se puso a castigar a todo el mundo sin razón! Isabelita quiso ir al baño, y él la puso en la pared.

MARTÍN: Es verdad. A mí me castigó con Gonzalito por querer leer el cuento del niño bueno.

CORO DE NIÑOS: ¡Y a mí! ¡Y a mí! ¡Y a mí!

DON PÍO (dando una palmada en la mesa): ¡Orden! ¡Orden! ¡Caramba, estáis alborotadísimos! ¡No se os puede dejar solos! Supongo que la culpa no ha sido de ninguno... sino mía, por haberos dejado solos tanto tiempo. Que la responsabilidad recaiga sobre mí. Por lo demás, en este periodo de ausencia mía sospecho que habéis aprendido más que en todas las lecciones que os he enseñado hasta ahora... Habéis aprendido cuál es el fundamento de la naturaleza humana, que ya desde la infancia se manifiesta. Cada uno quiere lo mejor para sí, olvidándose del bien común y de la cohesión del grupo, que es la base del orden y de la verdad. Cuando nos encontramos con dificultades, preferimos salvarnos a nosotros mismos que ayudar a los demás, y fracasamos, porque todos dependemos de todos para existir dignamente. La humanidad está destinada a convivir. Lo que nos une a unos con los otros es la conciencia de nuestras necesidades, que son comunes a todos. Ese vínculo mutuo es como un fuego permanente que no se apaga, es el amor, que nos impide separarnos y nos modela a su imagen y semejanza. El amor, es decir, la conciencia del grupo, es lo que llamamos Dios, razón o ley. Dios vive en nosotros, cuando nos unimos en nuestras necesidades.

Este es el significado del cuento del niño bueno, un individuo que se sacrificó por la supervivencia del grupo, renunciando a su necesidad para abrazar la de los demás. Que su ejemplo nos ilumine como una lámpara. Tengámoslo siempre presente y recordémoslo. Es la fábula más hermosa que nunca podrá escribirse. Sea histórica o no, su mensaje es justo y necesario. Nosotros, aunque a menudo no la cumplimos, en nuestros momentos difíciles la recordamos y nos hace sentir bien, enamorados de nuestros semejantes, o lo que es lo mismo, de la divinidad, que somos todos... Yo, aunque mayor que vosotros, también aprendo leyendo el cuento. Sí, he aprendido lo que es el hombre cuando regresé y os encontré enfrentados unos a otros, como nos encontrará a todos el final de los tiempos. Todos erramos. Lo importante es darnos cuenta de nuestros errores y hacer el propósito de rectificar, aunque no siempre lo consigamos... Y ahora, para predicar con el ejemplo, proclamo una amnistía general y os permito que salgáis al parque a jugar. Es hora de recreo.

LOS NIÑOS: ¡Bieeeeeeeen! ¡Somos libres!

FIN DE LA OBRA

YO, A VECES

acto único

Un salón oscuro, decorado con todo tipo de mobiliario antiguo: cómodas, sillones, mesitas, objetos tecnológicos inservibles ya (como fonógrafos, minicadenas, computadoras antiguas, cámaras de fotos con trípode de principios del siglo XX), palanganas, aguamaniles, cuadros descoloridos, etc, a discreción de quien represente. La idea es mostrar un desorden de antigüedades, que revelan un glorioso pasado. En el centro de la escena, una mesa ovalada con cuatro esqueletos humanos (por ejemplo, maquetas para uso médico) sentados en sillas alrededor de la mesa. En el centro, un hombre sentado. El hombre no es anciano ni joven, pero su desarreglo en el vestido y en la higiene (barba de varios días, cabello despeinado) revelan profundo abandono. Al principio de la escena, el hombre, al que vamos a denominar con el nombre genérico de INQUILINO, debe estar sentado a la mesa, que no ha de tener mantel que la cubra.

INQUILINO: La Historia... ¿podemos todavía recordarla? Hubo un tiempo en el que las cosas eran de oro y nosotros estábamos juntos. Pero ese tiempo pasó. ¿Por qué pasó?. Porque no hemos muerto. Ahí se acaban los argumentos (se rasca la cabeza) Ahora bien, si el tiempo no ha terminado todavía, es que nosotros somos el tiempo, y por eso vivimos (mirando a uno de los esqueletos) ¿No es así, Mateo? Tú fuiste testigo de eso. Cuéntame otra vez como fue (silencio durante unos segundos) Sí, sí... Lo de siempre, te repites mucho (mirando al esqueleto) Entonces tenías un poco más de carne en el cuerpo, porque ahora (mirándolo) ahora casi no te queda nada. Ibas por ahí conquistando tierras y gente para la causa (se sonríe) Les decías: "el universo es una finca, y hay que saber sembrarla". ¡Qué eslogan! (se ríe) Convenciste a muchos, convenciste a muchos; llevabas un ejército detrás de ti, y les decías: "Adelante, siempre adelante". ¿Te acuerdas de cuando estalló aquella bomba en la isla y todo el mundo tenía miedo, porque los edificios, que tardaban siglos en construirse, se derrumbaban como si fuesen de paja? Y tú te pusiste serio, como haces siempre que quieres convencer a alguien, y dijiste: "Las bombas no son nada. Yo las desafío a pecho descubierto". ¡Qué romanticismo! Entonces todo el mundo comentaba esa frase y se escribieron novelas con ese argumento, que entusiasmaban a los jóvenes que aprendían a leer (riendo) ¡Fuiste una buena pieza, tú y tus frasecitas! (tocándole el hombro) ¿Ahora ya no hablas como antes, eh? Te queda menos, ya lo sé, pero aún te queda algo, viejo (tosiendo y mirando al suelo) Tú y yo sabemos que aún te queda algo... (acordándose de una cosa) Esos pillos no te llaman general porque no te reconocen... Esos pillos andan por ahí despistados, sabe Dios donde, con sus videojuegos... Y ya no se acuerdan del que los sacó del arroyo, del que les dio un medio de vida y, sobre todo, un motivo por el que luchar, porque luchar hay que luchar, pero, sin motivo no hay victoria... ¡Esa también era una frase tuya! Cada minuto te salía una, espabilado (se ríe mirando para el esqueleto) ¿Cómo era aquello de... "dame una idea y moveré el mundo"? ¿Cuándo lo dijiste? (mira al esqueleto) Lo dijiste tú, no me vengas ahora excusándote... ¿Que lo dije yo? De eso nada, yo no soy nadie (mira al público) Tuviste que decirlo tú, a la fuerza. Solo a ti se te ocurren esas cosas (mira el esqueleto) A tí, sí, a ti. No te esfuerces en negarlo. "Dame una idea y moveré el mundo". Me pregunto quién habría podido darte esa idea, porque todas las ideas son ocurrencias, y las ocurrencias son fantasía. Pero la fantasía es la que mueve la realidad, la que hace que valga la pena. Bien lo sabías tú (señalándolo) Esa fue tu mejor frase (mirando alrededor) La realidad es todo lo que nos rodea. La Historia, cachivaches inservibles que nos hacen más viejos. Cada vez pretende hacerse envejecer a la gente más deprisa. Morir nunca morimos. Eso es algo que les parece a los otros. ¿No es verdad, Mateo? (mira al esqueleto) Estoy empezando a hablar como tú (silencio durante unos segundos). Y delante de nosotros (mirando al público) ese espejo que repite nuestra figura. ¿Estáis hechos unas caricaturas, eh? (mirando a los esqueletos) ¿No es cierto, Marcos? (mira a otro esqueleto) ¡Como lo que decías tú de la economía! ¿Qué decías tú de la economía? "La economía es el interés por el interés, pero es un interés necesario; por tanto, es un interés interesante". Ponías el grito en el cielo diciendo que todo era economía, que la industria es en realidad la adolescencia de la economía, y que a partir de ahí volvería el Edén de la infancia, pero mejorado. Como quien consigue un puesto de trabajo, sobre todo en la Administración. ¡Eso sí que es un chollo!. ¡Un renacimiento con un par de narices! Pero la industria requiere operarios (mirando al esqueleto) Si no los hay, hay que fabricarlos (riendo) y por eso se inventaron las máquinas, esclavizadas por el hombre. ¿Pero qué ocurrirá cuando las máquinas se rebelen contra él es decir, cuando no obedezcan por falta de combustible? ¿Qué pasará, Marcos? (mirando al esqueleto)

Mejor dicho, qué pasó, porque tú lo viviste. Hacienda somos todos. Adiós industria, entonces, y adiós Edén prometido. Hay que conformarse con lo viejo, que siempre queda ahí, como ves (señalando los cachivaches) Ese patrimonio no nos lo quita nadie. Se llena de polvo, eso sí, pero es para que limpiándolo, no nos aburramos. ¿Qué hacemos los hombres? Máquinas. Eso es lo que hacemos. Unir piedrecillas, y después, cuando nos cansamos de ellas, las almacenamos en el rincón (silencio durante unos segundos) Marcos, Marcos, tú también hiciste como todos: te equivocaste (silencio) Pero fue bonito mientras duró. El milenarismo de la industria redentora era un buen programa, lo que ocurre es que, como todos los programas, tiene los días contados. Solo queda recordar (silencio durante un cuarto de minuto) ¡Pero aquel invento de la máquina de vapor! ¿Te acuerdas? (mirando al esqueleto) Cuánto nos entretuvo. ¡Y era solo aire comprimido! Decías: "cogemos una opinión y la comprimimos mucho, mucho, hasta que la energía que desprende puede llegar a mover un aparato que transporta a muchas personas". ¡Qué éxito tuvo! Todos querían montarse en ella, porque les daba la impresión de que viajaban más rápido. De entonces viene el dicho de "el mundo es un pañuelo". Viajes intercontinentales, cruceros, periplos. ¡Todo por un poquito de aire!. Ah (suspirando) eso fue lo bueno. Pero después llegó la insatisfacción. Se empezaron a cambiar las cosas de sitio, se empezaron a igualar los paisajes: carreteras, estaciones, puertos, aeropuertos, túneles de metro; y los hombres se sintieron cada vez más enajenados, desarraigados de su entorno, como una planta injertada en un leño seco. El leño seco es la velocidad, que engendra la duda, y que es tan difícil de parar una vez que ha sido puesta en marcha. Leyes nuevas cada día: Newton, Kepler, Darwin, Einstein... millones de movimientos y de operaciones incontrolables, recursos y capitales bailando sin cesar en la cuerda floja, manipulación de cada partícula original, genética, la máquina desbocada que no hay manera de parar (silencio) Y sobre todo (mirando al suelo) esta melancolía de hacernos viejos cada vez más rápido (mirando al esqueleto) ¿No es así, Marcos? (silencio) Sí, yo también lo creo (silencio) La industria, ¡esa sí que fue una buena travesura! Y ahora, nuestro color favorito es el verde de los vegetales, que son la esperanza. A ella nos atenemos. Eso y un vasito de vino (silencio durante un cuarto de minuto) ¿Y tú, Lucas, qué te cuentas? (a otro esqueleto) Lo tuyo no eran los imperios, ni la industria, sino la medicina... Tú querías aumentar la esperanza de vida. ¿Verdad? Tú también tenías una frase para eso (mirando al cielo tratando de recordar) Sí, ya me acuerdo. Era esta: "La felicidad del hombre es directamente proporcional al número de años que le toca vivir sobre la tierra, porque la experiencia engendra satisfacción". Así hablabas. ¿Y ahora qué podrías decirme a mí, que tengo tantos años que no recuerdo los que tengo? Yo no sé si soy feliz, la verdad, pero tampoco me importa mucho. Eso no cambiaría nada. Tú también decías: "felicidad es salud". De ahí las vacunas que les recomendabas a tus pacientes, porque prevenir es curar. Y los antibióticos, ¿qué me dices de los antibióticos? ¿También sirven para la felicidad? (silencio) Claro que evitar la descomposición de un cuerpo tiene que ser bueno, pero eso no hace feliz a nadie (mirando al esqueleto) Ya lo sé que es útil, pero lo importante de las personas no son sus órganos, sino lo que recordamos de ellas. Un corazón es un músculo de plástico si no sirve para amar (mirando al esqueleto y riendo) Claro que tú, solo te ocupabas de las apariencias, no de la esencia. "Yo no he visto al Ser en ninguna parte" , decías. Claro, nervios, ¿cómo lo vas a ver en una parte si es el todo? Tendrás que deducirlo, digo yo... (silencio) Así que tu teoría de que esperanza de vida es igual a felicidad es una inmensa equivocación, aunque tú no lo reconozcas, porque eres duro como un hueso (mirándolo) Ahora no me vengas conque no he vivido lo suficiente para ser feliz, porque soy capaz de hacerte caer de la silla (silencio durante unos segundos) Ay, Lucas, Lucas, curar no es tapar agujeros, sino aceptar que están ahí... Pero bueno, tu

intención es digna de alabanza, porque no ganabas nada con ella (silencio durante un cuarto de minuto) Solo quedas tú, Juan (mirando a otro esqueleto, el último) Lo tuyo eran los espectáculos, las grandes fiestas, los fuegos artificiales (mirando al público) El ruido, en definitiva. Tú decías que el fuego es el origen de las reuniones, porque sirve de punto de referencia, al alumbrar en medio de la oscuridad. La música amansa a las fieras, ¿no? (riendo) Si tocas, harás que se entretengan... Y todo eso de los discos de vinilo, la música compacta, las cancioncillas que duran tanto como se tarda en suspirar, las melodías bonitas y los reproductores acústicos... Basurilla más tarde, como todo (poniendo la mano bajo la barbilla) Pero siempre quedará el chiste para entretenernos, eso es como la última chispa del fuego artificial antes de apagarse para siempre. A ver (mirando para el esqueleto) ¿Cómo era aquel chiste que contabas tan bien? ¡Ya recuerdo! ¡El Apocalipsis! ¿Qué es el Final de los Tiempos? El principio de los finales. ¿Y qué es el Final de los Finales? El Principio de los Tiempos (riendo estrepitosamente) Si el principio es el final, ¿qué queda en medio? Es ilógico. De ahí la gracia (riendo de nuevo) Empieza por el final. ¿A que no te queda más remedio que terminar por el principio? (riendo de cara al público) Esa es la paradoja de la vida, Juan, que el tiempo empieza donde termina, así que la gracia es infinita (riendo durante unos segundos) Pero bueno, aunque la gracia es infinita, el chiste repetido, termina por cansar si tienes buena memoria (mirando al esqueleto) Es un deporte como todos los que inaugurabas: carrera de obstáculos, carrera de fondo, lanzamiento de objetos, natación... Se te ocurrían muchos. ¿Y todo para qué? Moverse para volver a quedarse quieto. Mira tú qué solución (silencio) Pero en fin (mirando para el esqueleto) Eres un tipo simpático. Ese humor negro te ha dejado en los huesos, pero aún te ríes (sonriendo de cara al esqueleto) Te ríes porque no sabes hacer otra cosa. Te ríes el último... (silencio durante un cuarto de minuto). Y aquí estamos los cinco, sentados a la mesa donde está el alimento invisible de nuestra esperanza, mirando a ese espejo que figura muchas personas que nos miran (mirando al público durante un cuarto de minuto) No conocemos a nadie, todo son caras y más caras que justifican nuestra existencia por medio del reflejo, el mundo de las causas, de la eternidad, de lo que nos mueve (bajando la vista) A veces me da miedo mirar para ese espejo. Me recuerda que a pesar de encontrarnos reunidos en torno a la mesa todos juntos, solo soy yo el que habla, solo soy yo el que existo... Yo, a veces, porque no siempre soy yo. Cuando me callo, soy un cuerpo inerte como los demás. Yo, a veces, tengo la sensación de estar aquí sentado (silencio) Y entonces me doy cuenta de que estoy solo. Estos esqueletos nunca dicen nada (silencio) Y estas palabras son mi compañía, la justificación de la Historia, que converge en mí. Yo so este desorden (mira a su alrededor) Pero al menos, mi duración supera mis cambios (silencio) Testigo, testigo de este silencio (aproximadamente un minuto de silencio) Lo que me pregunto es donde está la acción, el movimiento (señalando a su alrededor) Soy solamente un hecho, y trato de hacerme suposiciones sobre lo demás, razonando e inventando, porque siendo sincero (mira hacia los esqueletos) ya no recuerdo quiénes erais vosotros, ni por qué ya no habláis. Sois hechos, también, pero ya no podéis saberlo, y ahí reside mi soledad (silencio) Aunque parece absurdo, no es absurdo, simplemente está por encima de la lógica, es un sentimiento, y los sentimientos jamás engañan, porque subsisten por encima de todo. Dios es el sentimiento, la intersección de todos mis sentidos. Y yo (señalándose) que solo soy yo a veces, soy el genio tutelar de la humanidad, lo que queda de ella después de que los cuatro principios que justifican mi conversación: el gozo, el dolor, el haber y el deber, los cuatro evangelios representados por estos comensales, que no tienen vida, porque son solo símbolos, han dejado de tener sentido. Y esta obra de teatro, representación de un pensamiento, se convierte de nuevo en pensamiento en ese espejo, que, mucho más

tarde, será mi resurrección. A él me atengo, mi imagen son muchas caras, un solo cuerpo que rejuvenecerá en cada nuevo nacimiento, hasta que esta habitación, la Historia, solo sea una idea, y esa idea solo sea un gesto en el rostro del mañana, una llama que desvanezca la oscuridad que nos separa (se va apagando progresivamente la luz del escenario y solo queda una luz que ilumina el rostro del inquilino).

FIN DE LA OBRA

SALIDA AL MAR

acto primero

ESCENA PRIMERA

Interior decorado con fotografías. Al fondo, una ventana a la calle. El resto de la decoración es discrecional. Raquel, sentada en un sillón, medita. Llega Julián a escena y la saluda besándola.

JULIÁN: Hola princesita, ¿qué tal en tu castillo? ¿Te acuerdas de mí alguna vez?

RAQUEL (desganada): Hola... ¿cómo te ha ido el día en el trabajo?

JULIÁN: Mi trabajo marcha perfectamente... La alegría sería completa si tú trabajases conmigo. Y por cierto, ¿mañana es tu toma de posesión como farmacéutica, no?

RAQUEL (sonriendo): Sí... Por fin voy a trabajar.

JULIÁN: ¡Por fin! (dándole un abrazo y besándola en la boca) Eres la mujer más bella del mundo. Te sentará bien el puesto.

RAQUEL (levantándose): Vienes contento...

JULIÁN (aproximándose a Raquel): ¡Oh, no, no te levantes! Yo prepararé hoy la comida... No hay más que meter el pollo en el microondas (batiendo palmas) Y listo.

RAQUEL (repitiendo el acto): Y listo.

JULIÁN (extrayendo un mandil de un cajón de cualquier parte y poniéndoselo): ¡Esto marcha! ¡Esto marcha! Somos felices.

RAQUEL (repitiendo): Somos felices.

JULIÁN (dándose la vuelta): Oye, ¿qué te parece si mañana vamos a ver una película? Echan una de acción en la que dos agentes de policía descubren un alijo de drogas en la base de la Estatua de la Libertad, en Nueva York.

RAQUEL: Muy realista... El cine y sus mitos, bah.

JULIÁN: Mujer, es lo que fascina. ¿Te imaginas que fuera realidad?

RAQUEL: ¿Y Qué cambiaría eso?

JULIÁN (dudando): Pues, pues... sería una noticia que conmovería la opinión pública...

RAQUEL: Cualquiera puede conmover a la opinión pública.

JULIÁN: ¿Ah, sí, cualquiera? ¿Tú, por ejemplo?

RAQUEL: Yo, por ejemplo.

JULIÁN (cruzándose de brazos): ¿Cómo?

RAQUEL: Simplemente siendo como soy.

JULIÁN: Esa sí que es buena, ¿es un chiste?

RAQUEL (con los brazos en jarras): Desgraciadamente no.

JULIÁN (dándose la vuelta): En fin, voy a la cocina, que hablando no se sacia el hambre (sale)

RAQUEL (gritando, cuando Julián ya está fuera): ¿Has llevado la basura?

JULIÁN (desde fuera): Ayer noche.

RAQUEL (gritando): ¿Ayer noche, mientras veías la tele?

JULIÁN: Sí, hice un hueco cuando no mirabas.

RAQUEL (riendo y gritando): ¿Sabes qué?

JULIÁN: Qué.

RAQUEL: Que me he comprado unas gafas nuevas... con tu dinero.

JULIÁN (gritando): No.

RAQUEL (gritando): Sí.

JULIÁN (asomándose a la habitación): ¿Pues sabes que no somos un matrimonio de gananciales? Te podría demandar...

RAQUEL (en actitud seductora, con las manos en la cabeza alborotando los cabellos): ¿Y serías capaz de demandar a tu bellísima esposa?

JULIÁN (embobado desde la puerta): Ladrona...

RAQUEL (sacándole la lengua, con picardía): Estafermo...

JULIÁN (ya desde fuera): ¿Y cuánto te ha costado tu caprichito?
RAQUEL: Veinticinco euros (sonriendo) Pero pienso devolvértelos, tonto, cuando empiece a trabajar, para que no creas que soy una chica mala...

JULIÁN: ¡Veinticinco euros! Eres en realidad una chica mala.

RAQUEL (con un mohín de enfado): ¡Y tú eres un tonto y un...!

JULIÁN (desde fuera): ¿Y un qué?

RAQUEL: ... Y un maleducado, por hablar así a las damas.

JULIÁN: Yo a ti te hablo como me da la gana.

RAQUEL: Y yo a ti te insulto como me da la gana.

JULIÁN (apareciendo por la puerta): Anda, boba, ven, que ya está la comida lista... Soy rápido en todo lo que hago.

RAQUEL (protestando): Demasiado rápido (pausa) Oye.

JULIÁN: Qué.

RAQUEL: Estás muy guapo de cocinero. Te sienta bien el mandil (sonriendo)

JULIÁN: ¿Sí? Espero que lo que he hecho por ti tenga su recompensa después de comer.

RAQUEL (saliendo del escenario): Tendré en cuenta tus insultos, tunante...

ESCENA SEGUNDA

En la misma habitación. Un día después. Julián está sentado en el mismo sillón en el que se encontraba Raquel en la primera escena. Raquel entra.

RAQUEL (radiante): Hola, mi amor.

JULIÁN (desde el sillón): Qué tal, guapa. ¿Cómo te ha ido tu primer día de trabajo?

RAQUEL (sonriendo): Estupendamente. Me he divertido mucho. ¿Sabes qué? Ese trabajo es el sueño de mi vida... Yo siempre quise ser farmacéutica... Hoy me preguntó una señora para qué servía un analgésico. No me puedo creer que no sepa lo que es un analgésico.

JULIÁN: ¿Y qué es un analgésico?

RAQUEL (abriendo la boca): ¿Tú tampoco lo sabes? ¡Dios mío, en mi propia casa, mi propio marido no sabe lo que es un analgésico! ¿... Y tú fuiste a la universidad, no?

JULIÁN: Sí... En la universidad, por ejemplo, te conocí a ti. Eso y el viaje de fin de carrera. No recuerdo más.

RAQUEL: ¡Ya olvidaste tus cinco cursos de ingeniería! Es sorprendente... qué rápido olvidan los hombres.

JULIÁN: Analgésico, analgésico... Me suena esa palabra (haciéndole la burla) ¿Es algo así como un medicamento?

RAQUEL (cruzándose de brazos): Tú me estás tomando el pelo, ¿verdad?... Un analgésico es un fármaco que sirve para aliviar el dolor.

JULIÁN: Ah, entonces tú eres un analgésico... Ven aquí, que te voy a sorber los morritos.

Raquel se sienta en sus piernas.

JULIÁN (besándola en los labios): Así, así me tienes que enseñar, con besitos...

RAQUEL (dejándose besar): Déjate de tonterías.

Permanecen unos segundos en silencio.

JULIÁN: Hoy tengo una película preparada para mi princesita...

RAQUEL (volviéndose hacia él): ¿Otra más?

JULIÁN: Sí... Es una historia de amor entre un chico y una chica, como nosotros, pero ambientada en otro país. La reservé pensando en ti.

RAQUEL: Oh, gracias. Me gustan las historias de amor.

JULIÁN (bromeando): Bueno, en realidad la reservé porque tiene un montón de escenas eróticas...

RAQUEL (girando la cabeza con expresión de asombro y un arqueo malévolo de cejas): Eres un...

JULIÁN (riendo): Calma, calma, preciosa (besándola de nuevo) Es que tengo preparado algo para después...algo bonito.

RAQUEL (mirándole fijamente): No.

JULIÁN (tocándole los labios con la punta de los dedos): Sí.

RAQUEL (besándolo en la frente): Adelántame algo.

JULIÁN (susurrándole al oído): Es un analgésico.

RAQUEL (dándole una palmada en la cabeza): Tonto.

JULIÁN: Mira (levantando a Raquel y levantándose del sillón) Tengo en el cajón la carátula.

Se levanta, abre el cajón y extrae el envase de una película, puede ser de una cinta de vídeo, DVD o análoga.

JULIÁN (sentándose de nuevo con el envase): Mira... Te leeré los comentarios del dorso: “Este largometraje supone la consagración del Director de cine Eduardo Dragón. Nos presenta el romance de Alberto Díaz y Adelina Blanco en una playa perdida de las Malvinas. Diversión y emoción son los dos ingresos de esta genial producción ganadora de siete premios Azúcar de Caña”... ¿Qué? ¿Te persuade este comentario? Solo le falta decir que es obligatorio verla.

RAQUEL: Me persuade y me convence... pero sé que cuando la veamos, va a ser igual que todas las demás.

JULIÁN (volviendo a leer): Pues aquí dice “genial producción”.

RAQUEL: Eso es un anuncio, bobo. Los anuncios te prometen el Paraíso y te entregan el Infierno.

JULIÁN: ¡Pues qué mentira! ¿No?

RAQUEL: La sociedad es una mentira aceptada. Lo único verdadero es lo que sentimos.

JULIÁN (besándola): ¿Esto?

RAQUEL (sonriendo): Tal vez.

JULIÁN: Entonces... ¿no quieres ver la película?

RAQUEL (encogiéndose de hombros): Ya me la imagino, no hace falta que la vea... Es igual que la de ayer, del alijo de drogas en Nueva York. Escenas en geografías diferentes y los mismos argumentos de siempre: la insatisfacción de un ciudadano corriente ante las quimeras de la civilización.

JULIÁN: Estás filosófica.

RAQUEL (suspirando): A la fuerza acabas estándolo.

JULIÁN (después de una pausa): ¿Y las escenas eróticas?

RAQUEL (sonriendo mientras mira a Julián): Nos las podemos inventar.

JULIÁN (riendo con socarronería mientras la abraza): Yo también estoy aburrido de esas malditas películas (tirando la carátula al suelo) Quién les diera a esos actores de pacotilla tener un momento como el nuestro. Esto es verdad. Que nos vengan ahora con paraísos de cartón-piedra.

RAQUEL (sonriendo): Tú también estás filosófico.

JULIÁN: Me has contagiado.

RAQUEL (levantándose del regazo de Julián): Bueno, me voy a duchar, amor.

JULIÁN (con picardía): ¿Puedo mirar?

RAQUEL (yéndose hacia la puerta): Como si no me conocieses todavía...

JULIÁN: Es que me da mucho morbo verte mientras corre el agua por tu cuerpo. Es un fenómeno extraordinario.

RAQUEL (guiñándole el ojo antes de salir): Sígueme, si te atreves...

JULIÁN (saliendo detrás de ella): Hasta el fondo del mar te seguiría por verte.

ESCENA TERCERA

La misma habitación. De noche. Raquel y Julián están sentados, abrazados en un sofá, viendo correr las horas. Lámpara encendida.

RAQUEL: Estuve en la Caja de Ahorros...

JULIÁN: ¿Ah, sí?

RAQUEL (mirando al vacío): Sí.

JULIÁN. ¿Y qué?

RAQUEL (con la vista pendiente en el vacío): Todavía nos faltan seis años para terminar de pagar la hipoteca.

JULIÁN (mirándola asombrado): ¿Cómo, Raquel, seis años todavía?

RAQUEL (suspirando): Sí, Julián, sí. Adiós nuestros sueños de comprar un coche nuevo, tener una casita en el campo y...

JULIÁN: ¿Y qué, Raquel?

RAQUEL (mirándolo con ternura): ... Y tener un niño.

JULIÁN (mirando al suelo): No me habías dicho nada... de esto último.

RAQUEL: Pensé que te darías cuenta... Yo tengo treinta años y tú...

JULIÁN: ¡Maldita sea! No te preocupes. Me ascenderán en la empresa. Todavía entré hace dos años, soy un novato como quien dice, pero no va a seguir siendo así.

RAQUEL (a punto de llorar): Escucha, Julián...

JULIÁN: Qué.

RAQUEL: Yo ya no voy a seguir trabajando en esa farmacia...

JULIÁN (levantándose con violencia): ¿Cómo?

RAQUEL: Lo siento. La propietaria de la farmacia me ha dicho que mi contrato se termina dentro de un mes, y que debido al traspaso del local a su hija...

JULIÁN: ¡Habla!

RAQUEL:... va a prescindir por el momento de mis servicios.

JULIÁN (con las manos en la cabeza): ¡Oh, pero eso no puede ser! ¡Ahora no, Raquel; ahora no! Necesitamos dinero en este preciso instante...

RAQUEL (a punto de llorar): ¿Y qué quieres que haga yo?

JULIÁN (abrazándola): No llores, pobrecita... Tú no tienes la culpa de nada...

RAQUEL (llorando): Por eso no quería decírtelo, por eso no quería decírtelo...

JULIÁN: Viviremos de lo que yo gano. Soy ingeniero. Puedo alimentar a mi esposa.

RAQUEL (limpiándose con un pañuelo): ¡Cuándo compraremos esa casita en el campo! A mí me hubiera gustado que mi hijo se criase en la naturaleza. En el campo todo es más real, más palpable, más verdadero, más humano...

JULIÁN (caminando por la habitación): No hay que perder el control, sobre todo no hay que perder el control. Estamos en una mala racha solamente. Lo superaremos. Desde ahora, empezaremos a ahorrar. Sí, sí, empezaremos a ahorrar.

RAQUEL: Me siento defraudada.

JULIÁN: Yo también, pero resistiremos el embate. Es un buen golpe, pero el definitivo lo daremos nosotros.

RAQUEL: Tienes razón. No está nada perdido. Nos amamos, eso es lo importante.

JULIÁN (volviéndose hacia ella): Tú lo has dicho. Nos amamos. ¿Quién podrá separarnos? ¿Sabes lo que necesitamos ahora?

RAQUEL: ¿Qué?

JULIÁN: Un analgésico.

RAQUEL (riéndose): Siempre tengo uno a mano (se abrazan).

acto segundo

La misma habitación con fotografías. Faltan algunos muebles de los de la primera escena. Raquel está sentada en el sofá leyendo un libro.

RAQUEL (alzando la vista del libro): Novelas, novelas, novelas... Espejos de la vida que no son la vida. Todo es una novela. Todo es un espejo de otra cosa. ¿Dónde encontrar esa realidad? Platonismo. Ensoñación. Vencer el engaño de los espejos es amar. Yo amo, pero no siempre amo con la misma intensidad. A veces me imagino la desesperación (vuelve a la lectura) "-¿Quieres hacer abominable el recuerdo de nuestros amores?- dijo Julián" (respondiendo ella misma) No. No quiero. Por eso estoy aquí sentada. Por eso aún espero. Él me ama y yo le correspondo. Pero sé que la ciudad no nos comprende.

JULIÁN (entrando por la puerta, con semblante triste): Hola, cariño.

RAQUEL (levantándose y besándolo): Hola, mi amor.

JULIÁN (aparentando tranquilidad): ¿Te vas acostumbrando a estar en casa? Me empiezas a dar envidia...

RAQUEL (sin ganas de reír): Improviso. Eso es lo que hacen todos.

JULIÁN (sentándose frente a ella): Raquel...

RAQUEL (escuchándolo y sentándose en el sofá): Qué.

JULIÁN: Tengo Que decirte algo...

RAQUEL (asustada): ¡Te han despedido!

JULIÁN: No. Tranquila. Sigo conservando mi trabajo.

RAQUEL: ¿Entonces?

JULIÁN (con un susurro): Me han propuesto...

RAQUEL (espantada): ¡Dios mío!

JULIÁN: Un traslado.

RAQUEL (preocupada): ¿A dónde?

JULIÁN: A otra ciudad... en Francia.

RAQUEL (durante unos segundos clava la vista en el suelo y no contesta) Supongo que habrás dicho...

JULIÁN: Sí, lo dije. Dije que estaba casado en España, incluso le dije al Director General que pensábamos tener un niño (limpiándose el sudor de la frente) Él me miró entre colérico y flemático, parecía que se reía por dentro. “La familia es importante” me soltó después de cavilar un rato, “pero usted sabe lo que es una empresa. Una empresa exige disponibilidad, porque si no es así, naufraga en el océano del mercado. Yo cuento con mis trabajadores para lo bueno y para lo malo” – “para la salud y la enfermedad” pensé yo- “ y ellos deben servir a la empresa con toda su capacidad. Yo le recomendaría que lo pensase” añadió, “ si no, tendré que ser yo el que empiece a pensar”.

RAQUEL: Nuestro matrimonio...es lo primero.

JULIÁN: Es cierto (cogiéndole las manos) pero nosotros vivimos de lo que gano. Y nuestra unión depende de nuestro patrimonio.

RAQUEL (soltándole las manos): ¡Eso no fue lo que juraste al pie del altar!

JULIÁN: Pero es la verdad. Nosotros no nos podemos amar si no nos alimentamos.

RAQUEL (apartándose de él): ¡Y te atreves a decirme eso... tú, que me prometías lo habido y por haber!

JULIÁN (enfrentándose a ella): ¡Yo no sabía que pasaría esto! Tenía las mejores intenciones, pero... ¿qué quieres? A ti te han despedido del trabajo. A mí me obligan a trasladarme.

RAQUEL (casi llorando): Te obligan... te obligan a dejarme.

JULIÁN (sobreponiéndose y tratando de cogerla de las manos, gesto que ella rechaza): Mira... en todos los sitios se vive igual. ¿Qué más da aquí que en otro país? Juntos estaremos, juntos frente a todo.

RAQUEL (mirando al suelo): No. No podemos trasladarnos, Julián. Tendríamos que comprar otro piso y renunciar para siempre a nuestros ideales, que solo son posibles en la tierra que nos vio nacer.

JULIÁN: ¡Romántica! ¡Leíste muchas novelas...!

RAQUEL: ¡Y Tú viste muchas películas! ¡Oh, la sociedad, después de educarnos en una forma de vida determinada, nos exige un compromiso que no estamos preparados para prestar! ¡Anuncios comerciales por todas partes, viajes a las islas remotas! Y después, un hoyo negro para caer extenuados.

JULIÁN: Es el precio que hay que pagar por utilizar los servicios del bienestar. ¿O creías que eran gratuitos?

RAQUEL: Los propios servicios nos enseñaron a utilizarlos gratuitamente, y cuando aprendimos, nos pasaron la factura. ¡Es una estafa! ¡Una estafa consentida! ¿Quién me engañó diciéndome que el amor era bonito? Alguno de esos anuncios, en los que creía cuando era inocente.

JULIÁN: Escucha. Tenemos un problema que hay que resolver. Nuestro amor no ha terminado.

RAQUEL (mirándolo fijamente mientras habla): Te equivocas. Tú has incumplido el contrato que nos unía, has renunciado a tu familia por tu trabajo, has sacrificado lo uno por lo otro, lo pactado por aquello que más te convenía. Si te despiden del trabajo podemos vivir de la indemnización que te den. Aunque no te paguen ni un céntimo, hasta la mendicidad llegaríamos si nos tuviéramos verdadero amor. Pero no nos lo tenemos. No. No nos lo tenemos. Nuestra vida en común, que son nuestros proyectos, se han quedado en agua de borrajas. Y no hay más por qué discutir. Tú no me quieres. Yo sola no puedo corresponderme. Así que muerto el perro, se acabó la rabia. Terminemos de una vez con esto.

JULIÁN (abriendo los brazos): ¿Me estás diciendo que...?

RAQUEL (impertérrita): Te lo he dicho.

JULIÁN (paseando por la habitación): Pues, ¿sabes lo que te digo?

RAQUEL: Dime lo que quieras.

JULIÁN (balbuciendo): Eres una caprichosa. Y yo no me casé con una mujer caprichosa para que me amargase la vida. Así que... esta relación, esta relación, no tiene futuro.

RAQUEL: Sí, llámame caprichosa porque fui tonta, porque te di el "sí" a tus falsas promesas, a tu propaganda de seducción, porque te amé tanto que renuncié a todo lo demás, porque creí que un hombre, entre todos, diría la verdad.

JULIÁN (arrojándose a sus pies): ¡Oh, perdóname!

RAQUEL: ¿Por qué no te arrodillas a los pies del Director General y le pides que te dé lo que yo te he dado?

JULIÁN (de rodillas): No sabía lo que decía...

RAQUEL (enterneciéndose y llorando): Tú ya no me quieres.

JULIÁN (abrazándola): ¡Te adoro! ¡No puedo vivir sin ti!
RAQUEL (dejándose abrazar): Yo...yo tampoco.

Se abrazan.

JULIÁN: Perdóname. Renunciaré al trabajo. Renunciaré a mi voluntad, para ser contigo una sola voluntad, un solo proyecto.

RAQUEL (rezando): Que así sea.

acto tercero

La habitación de la primera escena, prácticamente desamueblada. En el sofá, los dos esposos juegan juntos al ajedrez. Fuera está nublado. Semeja llover.

JULIÁN: Mueve.

RAQUEL (haciendo un movimiento con una ficha): Jaque mate. Es la segunda vez que te gano.

JULIÁN (riendo): No me lo puedo creer, ¿cómo lo haces?

RAQUEL (haciendo un gesto de duda): No sé. Las mujeres tenemos un sexto sentido. ¿Sabes?

JULIÁN: Como no sea la persuasión, no sé qué sentido pueda ser ese.

RAQUEL: Pues el mismo que has dicho. ¿Quieres echar otra partida?

JULIÁN: Para que me ganes otra vez, no. Ho ya he tenido bastante.

RAQUEL: Pues entonces, ¿qué hacemos?

JULIÁN: Podemos besarnos...

RAQUEL: Eso ya lo hemos hecho.

JULIÁN: Podemos hacer el amor...

RAQUEL: Hoy es un mal día.

JULIÁN: ¿Por qué?

RAQUEL: Porque llueve. No se debe hacer el amor cuando llueve. Trae mala suerte.

JULIÁN: ¡Supersticiosa!

RAQUEL: Todo lo que no se hace con el corazón es superstición. Y yo no puedo hacer el amor con el corazón hoy...

JULIÁN: Eso es que no me quieres.

RAQUEL: No. Eso es que tengo la regla, tonto. Pero cuando me pase, te aviso (le guiña un ojo)

JULIÁN: ¡Bah! ¡Por eso me ganaste la partida! No estabas pensando en el sexo, como yo. Tú calculabas la situación, mientras yo pensaba en lo que vendría después.

RAQUEL: En esa pequeña diferencia estriba el sexto sentido de las mujeres. Es una forma de astucia, como la de Dalila para engañar a Sansón. En la partida de la naturaleza, la mujer vence al hombre con su encanto y su belleza, que son variantes de la astucia. Así, el fin del orgullo masculino es unirse a una bella mujer y deponer la fuerza viril a su ternura.

JULIÁN (aplaudiendo): Acabas de descubrir el secreto mejor guardado de tu género. El instinto femenino no es otra cosa que maquiavelismo.

RAQUEL (excusándose): No es maquiavelismo, es energía espiritual. Nosotras ya existíamos antes de Maquiavelo y de sus ridículas teorías.

JULIÁN (retirando el tablero de ajedrez del sofá y poniéndolo en otro lugar): ¿Energía espiritual?

RAQUEL: Sí. Nosotras percibimos los mensajes del entorno mejor que vosotros, que solo sabéis tener ideas fijas, pero luego, el hombre es el que llega a materializar nuestros planes.

JULIÁN (sentándose de nuevo): Las dos fuerzas del universo, el hombre y la mujer, un choque omnipotente, la Creación. El acto del que emana todo. Lo demás, opiniones y doctrinas vagas... ¡Es curioso!

RAQUEL: Es la vida.

Silencio durante unos segundos.

JULIÁN (pasándose la mano por la cabeza): He renunciado a todas las cosas para estar contigo. Si eso no es amor, no tiene sentido buscarlo en los fenómenos naturales. Puede ser que esté loco.

RAQUEL (besándolo en la boca mientras piensa): No estás loco, estás enamorado, y el que está enamorado de verdad, es invencible.

JULIÁN (mirándola): Cada vez que veo esos ojos pienso que no estaría de más dar la vida por ellos.

RAQUEL (sonriendo): ¿Y sabes por qué estos ojos son tan bellos? Porque te ven a ti, que eres la razón de su existencia.

JULIÁN (besándola en la frente): Eres como la luz...

RAQUEL (acariciándole la barbilla): Solo soy un espejo de lo que veo.

Silencio durante unos segundos.

JULIÁN (reflexionando): Pero después de estos éxtasis momentáneos, es preciso regresar al desierto de la necesidad. Lo que nos rodea nos excluye, nos abandona. Estamos fuera del Edén.

RAQUEL: Pero el Edén, querido, somos nosotros. ¿No te das cuenta que al igual que el fuego, destruimos y damos vida? Si nos expulsaran de un lugar, buscaríamos otro.

JULIÁN:... Y así caminaremos errantes incendiando las despiadadas selvas civilizadas a nuestro paso...

RAQUEL: Pero lo que vale la pena es nuestro. ¿Sabes lo que es la ciudad? Una cárcel. Nosotros fundiremos sus barrotes de oro para alumbrar el mundo. Derramaremos nuestros rayos en la oscuridad, en esa realidad ficticia y residual de copias y semejanzas, de películas y novelas, de anuncios falsos como sombras, de metal dinerario que solo es una réplica de nuestra fuerza. El bienestar es un perro atado con una correa. Nosotros somos libres, ninguna lógica mundana puede encerrar en un concepto lo que sentimos.

JULIÁN (quejándose): Pero necesitamos comer.

RAQUEL: Convertiremos las piedras en pan.

JULIÁN (volviéndose a ella): ¿Cómo?

RAQUEL: Trabajando, allanando caminos... Las dificultades avivarán todavía más nuestro amor.

JULIÁN: ¡Trabajando! ¿Recuerdas que nos han despedido a los dos?

RAQUEL: ¿Y qué? Donde una puerta se cierra, otra se abre. Dios aprieta, pero no ahoga.

JULIÁN (mirando al cielo): Dios... me pregunto si se enterará de lo que nos pasa.

RAQUEL: Dios está en nosotros. Dios somos nosotros.

JULIÁN (volviéndose a ella): Nosotros no lo podemos todo.

RAQUEL: Si lo queremos los dos a la vez, sí.

JULIÁN: Ponme un ejemplo en la práctica.

RAQUEL: Yo puedo aprobar una oposición, si estudio para ello. Hay algunas plazas en el hospital para mi especialidad. Si consigo ganar la oposición, podré ahorrar para comprar una farmacia.

JULIÁN: ¿Y cuánto tardarás en aprobar?

RAQUEL: Lo que a ti tarden en volverte a contratar.

JULIÁN: ¿Y mientras tanto?

RAQUEL: Mientras tanto viviremos de tu indemnización. Prometo ocuparme con todas mis fuerzas a este objetivo.

JULIÁN: No es mala idea.

RAQUEL: Si obtengo buena nota en el examen, aunque no apruebe, puedo trabajar como interina.

JULIÁN: ¿Y cómo no me lo habías dicho antes?

RAQUEL (sonriendo): Quería probar la fe que tienes en el amor.

JULIÁN: ¿Conque me estabas poniendo a prueba, eh?

RAQUEL: Si no te pongo a prueba, no puedo saber si me amas o no.

JULIÁN: Es verdad. La realidad es un hecho que solo puede comprenderse a través de la voluntad hermanada de dos personas. Cuando dos personas intercambian sus consentimientos, nace una naturaleza nueva, una ley inquebrantable que deroga a la ley antigua de las apariencias.

RAQUEL: Y esa nueva ley es nuestro futuro hijo. Como ves, la Biblia es la historia de nuestros esponsales.

JULIÁN (abrazando a su mujer): Renovaremos el universo. Somos el eje de la historia. Ven, esposa, del Líbano...

RAQUEL (besándolo): Por fin sientes esa fuerza de redención que yo había sentido antes, a través del sexto sentido femenino. En dos amantes se resume la religión. Y lo demás es un efecto necesario.

JULIÁN: ¿Sabes qué?

RAQUEL: Qué.

JULIÁN: Que estoy deseando tener un hijo.

acto cuarto

La misma habitación de la primera escena. El sofá ha sido sustituido por una mesa en la que Raquel estudia. Su esposo llega de la calle.

JULIÁN (entrando en escena): Hola cariño, ¿qué tal t va el aprendizaje?

RAQUEL (levantando la vista del libro): Estas lecciones me parecen soberanamente difíciles, ¡Uf! (resopla) Yo no sabía que un hospital funcionaba como el motor de un coche... Pero no me importa, lo que ahora me parece difícil, con el tiempo me parecerá fácil.

JULIÁN (sentándose en el sillón después de besar a su esposa): Acabo de hablar con la vecina del segundo. Me dicen que este mes van a proponer aumentar la cuota de comunidad. Hay que comprar un ascensor nuevo porque ese no sirve, se estropea por menos de nada... ¡En fin! No será grave.

RAQUEL (levantándose de la mesa): Eso no debe preocuparnos... ¿Sabes cuál es el ascensor que nunca se estropea? El propio esfuerzo.

JULIÁN: Me gusta lo motivada que está mi chica... Pronto las cosas nos irán mejor. Si continúas como hasta ahora, aprobarás sin duda, porque nada es imposible para el que trabaja.

RAQUEL (sentándose sobre las piernas de Julián y recostándose): Echo de menos mi tiempo libre, pero he descubierto que el deber cumplido es la mejor satisfacción. Cuando uno está ocupado en mejorar, las cosas parecen distintas.

JULIÁN (parándose a pensar): Lo único que me molesta es ver que mientras tú trabajas y luchas por mejorar nuestra situación, yo apenas hago nada... Las ofertas de empleo que me llegan no me interesan, porque no me parecen proporcionales a mi cualificación profesional. Así que...

RAQUEL (girando la cabeza a él): Escucha. Como marido mío es mi deber aconsejarte. No rechaces ningún empleo, porque desde cualquier modesto lugar puedes remontarte tan alto como quieras. Todos los caminos conducen a Roma. Más vale hacer algo, aunque sea poco, que no hacer nada.

JULIÁN: Tienes razón... Tal vez mi vanidad no es más que un prejuicio, porque he sido acostumbrado a unas comodidades a las que debo renunciar...

RAQUEL: La renuncia te hará capaz de emprender mayores hazañas. Renunciar es ser libre. El mundo se hace todos los días, y ningún grano de nuestro trabajo cae en saco roto. ¿Sabes que una montaña no es más que una suma de partículas? Cuando en la tradición vemos algún ejemplo de heroísmo, no nos damos cuenta que lo que nos parece gigantesco fue en un tiempo minúsculo.

JULIÁN (besando la cabeza de Raquel): Eres un tesoro de belleza y sabiduría. Dichoso yo, que te he encontrado como un diamante en la noche. Todo lo aclaras, mi amor, todo lo haces simple como un gesto. Yo pensaba, cuando te conocí, que solo serías algo dulce en mi vida, pero he descubierto que, gracias a ti, me comprendo mejor a mí mismo.

RAQUEL (besándolo en la boca): Juntos, hasta el fin del mundo.

Silencio durante unos segundos.

JULIÁN (en susurro): Oye.

RAQUEL: Qué.

JULIÁN: ¿Vamos a tomar la siesta?

RAQUEL (excusándose): Hoy ha sido un día un poco duro para mí (tocándole la cara con las manos) Pero mañana te prometo lo de hoy.

JULIÁN (haciendo además de moverse): Anda, levántate de ahí, que me pesas un poco.

RAQUEL (levantándose): ¿Pesarte yo? ¡Estarás de broma!

JULIÁN (sonriendo): Es un dulce peso, pero no deja de ser un peso considerable...

RAQUEL (mirándolo con los brazos en jarras, sin decir nada)

JULIÁN (sin dejar de sonreír): Claro que es un peso no proporcional a la masa del cuerpo, que es una auténtica cintura de cristal...

RAQUEL (en la misma postura): Ahora no trates de arreglarlo.

JULIÁN: ¿Sabes que estás preciosa cuando te enfadas? Dan ganas de comerte a besos...

RAQUEL: A mí también me dan ganas de matarte.

JULIÁN: ¡Oh, eso sí que es sensual! ¡Muerte por amor! ¿Y con esas manos lindísimas, serías capaz de matarme?

RAQUEL: Primero te torturaría un poquito, hasta que me pidieras perdón, y después, ya vería si condenarte o absolverte.

JULIÁN: Me absolverías, me absolverías, porque yo te diría que no hay en el universo una mujer más guapa que tú.

RAQUEL (con el ceño fruncido): Y en mí estará el creerte o el llamarte canalla.

JULIÁN: ¿Y tú, mi amor, me perdonarías una infidelidad si después se arrepintiese?

RAQUEL: Te pagaría con la misma moneda, para que, sintiéndote celoso, te achicharrases por unos días en el infierno.

JULIÁN: ¡Qué crueldad!

RAQUEL (arreglándose el pelo): No sabes de lo que es capaz mi ira.

JULIÁN (besándola): Eres tan terrible como bella.

RAQUEL:...Así que ándate con cuidado.

JULIÁN: Desde ahora, prometo no mirar más que en una sola dirección (girando la vista hacia ella) Mi dueña trabaja todos los días por mi felicidad.

RAQUEL (corrigiéndolo): Por nuestra felicidad.

JULIÁN (exaltándose): Venceremos el mundo, que ya se está muriendo de viejo, y encenderemos el sol del porvenir. Nos queda todo por disfrutar. Mientras nos amemos, seremos siempre jóvenes.

RAQUEL: Y cuando nos cansemos de ser dos, pondremos a un tercero entre nosotros, que será el futuro, la salvación, y la sociedad empezará de nuevo desde cero.

JULIÁN: Pero de momento, el escenario de nuestro hogar todavía tiene mucho que cambiar (señalando al público) La Humanidad, del otro lado, así lo espera.

acto quinto

La habitación de la primera escena. La mesa de estudio ha sido retirada, y ocupa su lugar el sofá. En él está sentado Julián, leyendo la factura de la luz.

JULIÁN (hablando solo): No sé si es progreso o retroceso la investigación científica. Por una parte, nos sirve para resolver nuestras necesidades, pero por otra parte, nos crea nuevas necesidades y nuestra situación sigue siendo la misma. La industria termina donde empieza el descontento.

Raquel, muy alegre, entra. Lleva una carpeta en la mano y no puede contener su satisfacción.

RAQUEL: Julián , mírame, ¿estoy guapa?

JULIÁN: Como siempre.

RAQUEL: No. Como siempre no. Hoy estoy más guapa.

JULIÁN: El sol no puede ser más brillante.

RAQUEL: Pues yo hoy brillo más que el sol, Julián (sonriendo) porque algo maravilloso me ha sucedido.

JULIÁN (levantándose y señalándola): ¿Has...?

Raquel asiente. Ambos se abrazan.

RAQUEL (gritando): ¡He aprobado! ¡He aprobado! ¡He aprobado!

JULIÁN (feliz): Eso significa...

RAQUEL:... Que nuestros problemas han terminado, y empieza la edad de oro.

JULIÁN: ¡Pero esto hay que celebrarlo! Quiero organizar una fiesta. Tenemos que llamar a todo el mundo. ¿Ponemos un anuncio en el periódico?

RAQUEL: ¿Más publicidad? No, gracias. Deja que la luz disipe por sí sola las tinieblas.

JULIÁN (abrazándola): ¡Al fin Dios nos ha escuchado! ¡Hoy sería capaz de peregrinar hasta la Antártida para agradecérselo!

RAQUEL: Julián, ya te dije que Dios estaba en nosotros. Solo había que dejar que se manifestase.

JULIÁN (arrojando la factura de la luz al suelo y pisándola): ¡Muere, vil mercado empresarial, vil competencia, vil capital cancerígeno! Tu tiempo, bestia del temor, ha terminado.

RAQUEL: ¿Por qué haces eso?

JULIÁN: Estoy vengándome de mis enemigos. Hay que cortarle la cabeza a esta hidra, a este triple seis de la abominación, a la usura disfrazada de comercio, sobre la que se asienta la ramera de la política.

RAQUEL: No digas palabras vanas. El comercio no es más que la relación social que mantiene el hombre con su prójimo. El mal está en quererse aprovechar de él sin esforzarse, viviendo a cuenta de los demás. El bien está en el trabajo, en la intención probada de querer ser mejores. Con el entusiasmo del esfuerzo, no hay camino que no se allane, por muy pedregoso que sea. El amor, a través del trabajo, nos hace libres.

JULIÁN (tomando la factura en las manos): Tienes razón. Pero, ¿quién te enseñó todo eso?

RAQUEL: La vida, a través del fracaso, que es el éxito futuro.

JULIÁN: La vida... oh, la vida es nuestra memoria, que nunca morirá, porque es perfecta, y la perfección es como una esfera, que termina donde acaba. Quién nos iba a decir que aquellos pequeños enfrentamientos iban a ser los autores de la dicha presente. ¡Vivan mil veces las dificultades, si son corrientes que nos conducen a un buen puerto! Hemos encontrado una salida al mar, a la plenitud de la existencia, que es sentirse parte del universo fundado por el hombre.

RAQUEL (corrigiéndolo): Y por la mujer.

JULIÁN (besándola): Y por la mujer. ¡Dios está en esas dos personas!
RAQUEL (volviéndolo a corregir): En esas tres personas.

JULIÁN (extrañado): ¿Tres?

Raquel lo toma de la mano y lo obliga a sentarse en el sofá, en el que ella también se sienta.

RAQUEL: Es verdad que estoy muy contenta por haber aprobado la oposición, pero este no es mi único motivo de alegría.

JULIÁN (radiante): ¿Ah no? ¿Todavía hay más?

RAQUEL (sonriendo): Hay algo más... y es que...

JULIÁN: No me lo digas... Tus ojos...

RAQUEL: ¿Puedes leerme el pensamiento?

JULIÁN: Creo que sí.

RAQUEL: ¿Qué te dicen mis ojos?

JULIÁN: Estás... estás...

RAQUEL (completando): Estoy embarazada.

Los amantes se abrazan

FIN DE LA OBRA

EL HOMBRE-ORDENADOR

acto primero

Una oficina tradicional de principios del siglo XXI. Un hombre teclea en un ordenador, con la espalda arqueada y la mirada fija en la pantalla. El resto de la decoración de la oficina será libre a gusto de quien represente o de quien imagine. Junto al teclado, hay una bolsa llena de chucherías: caramelos, chicles, gominolas y demás vituallas dulces que entretienen el estómago. Unos segundos después de la presentación en escena, aparece el encargado en camisa que trae un mazo de papeles en la mano derecha y los coloca en las proximidades de la mesa de despacho sobre la que está colocado el ordenador.

EL ENCARGADO: ¿Tienes ya el balance?

EL HOMBRE-ORDENADOR: Todavía no. Me faltan algunos detalles. Estoy en la última fase.

EL ENCARGADO (mirando para la pantalla y sonriendo): ¡En la última fase del videojuego de los aviones! Tú eres un ludópata, amigo.

EL H-O: No. No soy un ludópata porque no apuesto ni un céntimo a lo que juego, como lo que otros hacen al póker (lo mira de reojo)

EL ENCARGADO: Anda que si se entera el jefe, te va a afeitar en seco...

EL H-O: Está demasiado entretenido en contar deudas. No creo que levante cabeza en mucho tiempo.

EL ENCARGADO: Mira, te traigo en estos papeles el modelo de autoliquidación de los últimos seis años, para organizar las cuentas con Hacienda...

EL H-O: Bien. Déjalos por ahí.

El encargado los coloca donde puede.

EL H-O (echando las manos a la cabeza): ¡Maldita sea! ¡Otra nave, otra nave menos! Me has distraído, tío... Ahora tengo que volver a empezar.

EL ENCARGADO: Deberías empezar por abandonar el juego.

EL H-O (protestando): ¡Sí! ¡Me he tirado ocho horas en vencer a los rusos! ¡Demonio de rusos! Nunca se cansan... Pero yo me encargaré de freírlos como sardinas.

EL ENCARGADO: Así que el videojuego está ambientado en la Guerra Fría. ¿Tú eres Estados Unidos? Por eso no te cansas de exterminar al resto del mundo. La ley del más fuerte; y para eso, tantos argumentos y discursos, tantos artículos, tanta ilustración...

EL H-O: Los rusos están locos. Quieren cambiar el orden natural para mandar a sus anchas...

EL ENCARGADO: ¿Y Estados Unidos...?

EL H-O (dándose la vuelta y mirándolo): Bah, esta no es una cuestión política... A mí me importa un comino lo que hagan o dejen de hacer unos y otros... Solo quiero divertirme.

EL ENCARGADO: La mayoría de la población hace lo mismo que tú.

EL H-O: Mira. Ahora que ya he perdido no me importa enseñarte una cosa...

EL ENCARGADO: A ver.

EL H-O (sonriendo y señalando la pantalla): ¿Qué te parece?

EL ENCARGADO: ¡Pornografía!

EL H-O: Pero buena, ¿verdad?

EL ENCARGADO: Muchacho, deberías cambiar de vida.

EL H-O: Deberías, deberías... lo importante es disfrutar. El deber es aburrido. No podrás negarme que esto levanta el ánimo, ¿no?

EL ENCARGADO: Pero no es real, amigo... No son más que actores, imágenes, no sienten lo que hacen.

EL H-O: ¿Y a mí que me importa? Yo sí lo siento.

EL ENCARGADO: Si yo fuera tú y tuviera esas necesidades, me buscaría una mujer de carne y hueso.

EL H-O: ¡Anda! Esas solo dan trabajo y problemas. Por lo menos, estas solo duran lo que dura un coito. ¡Eso es lo bueno! Después de ese momento, no las necesito. Que otro las aguante.

EL ENCARGADO: Tú mismo... Ahí tienes los papeles. Yo me voy a tomar un cafecito, que llevo toda la mañana de aquí para allá como un mono... Que te vaya bien (sale)

EL H-O: Ok. Hasta otra (cuando ya está solo) ¡Qué mierda de juego! Estoy cansado de él (mirando para los papeles de la mesa) ¡Ah! Ahora con esto. Papelitos... ¿Y quién será el chulo que los lea? Números y más números, cuentas y cuentos. Eso es la oficina. Viendo estas cosas, a uno le dan ganas de jubilarse...

La secretaria entra por la puerta.

LA SECRETARIA: Basilio...

EL H-O: ¡qué!

LA SECRETARIA: ¿Hiciste ese balance?

EL H-O: Todavía no. ¿Cuántas manos crees que tengo?

LA SECRETARIA: Deberías tener dos, y tu rendimiento es el mismo que si no tuvieras ninguna.

EL H-O: ¿Ah sí? Yo no me paso el día hablando por los pasillos.

LA SECRETARIA: No tienes necesidad. Ya hablas aquí lo suficiente.

EL H-O (volviéndose a ella): ¡Estás hoy respondona, guapa! ¿No dormiste bien?

LA SECRETARIA: Dormí mejor que nunca. El jefe me ha dado un pequeño ascenso por mis méritos profesionales.

EL H-O: ¡Yo soy el alma de esta empresa! Llevo todo lo importante. Si no fuera por mí...

LA SECRETARIA: Si no fuera por ti tal vez mejor nos iría... Pero bueno, hipótesis y locuras, pueden hacerse a millones...

EL H-O (mirando para ella): Qué vestidito tan mono llevas hoy...

LA SECRETARIA: Gracias. Es el primero que me lo dice.

EL H-O: ¿Ves? Tengo que ser yo el primero en todo... Oye, acércate aquí, que te voy a alisar una arruga (le toca la falda a la altura del muslo)

LA SECRETARIA: ¿Qué haces? ¿Sabes que te puedo denunciar por acoso?

EL H-O: No puedes. El acoso consentido no es acoso. Y está claro que a ti te gusta.

LA SECRETARIA (retirándose): No abuses de mi paciencia... Le puedo decir cuatro cosas al jefe sobre tu manera lúdica de trabajar...

EL H-O: ¡Vamos! ¡Vamos! El jefe sin mí no es nadie... Yo soy el único que sabe manejar el ordenador, querida... Apuesto a que él no sabe ni encenderlo...

LA SECRETARIA (riéndose): Cállate, bobo, si te llega a oír...

EL H-O: Si me oye me da la razón... El otro día le tuve que enseñar a cambiar el sistema operativo, y a veces no es capaz de entrar ni en internet...

LA SECRETARIA: Calla, hombre, que puede llegar en cualquier momento y...

En este instante el jefe hace su aparición. Es un hombre calvo, con bigote y gafas, vestido de traje. El H-O no lo oye llegar.

EL H-O: La informática para él es un enigma como el de las pirámides.

LA SECRETARIA (asustada): Calla.

EL H-O (continuando): Su equipo todavía usa disquet y el monitor pesa más que su cuerpo...

EL JEFE: Muy buenos días, Don Basilio (mientras esto dice, el H-O se da la vuelta asustado y cambia súbitamente el gesto) ¿Le va bien todo? ¿Necesita ayuda o puede hacer solo el balance?

EL H-O: Buenos días, don Jacinto. Pues aquí me ve. Precisamente estaba ahora corrigiendo algunos datos (le señala un punto en la pantalla) No se crea que es moco de pavo esto de la contabilidad... Si las letras hablan, los números cantan. Por una cifra de más se acabaría el universo.

EL JEFE (aproximándose): Ajá, y como veo, es difícil ocuparse del balance teniendo tantas direcciones a mano, ¿no es así? Textos en línea, variedad de fuentes escritas...

EL H-O: Es que resulta que se me ocurrió leer un texto de Juan Damasceno y otro de Lucas Paccioli... Ellos son los padres de la contabilidad moderna.

EL JEFE: ¡Excelente! (dándose la vuelta hacia la secretaria) ¿Y usted se prestó voluntaria para ayudarle en su tarea, no es así?

LA SECRETARIA (confusa): No. No. Yo ya me iba. Entré solo para saludar. Adiós (sale)

EL JEFE: Escuche, amigo Basilio, su falta de rendimiento en el trabajo me está empezando a preocupar...

EL H-O: Pero, señor, si no hago más que estar frente al ordenador todo el día...

EL JEFE: Ese es el problema. La simbiosis que mantiene con ese aparato no deja de ser sospechosa teniendo en cuenta los escasos resultados que obtiene para esta casa. Parece usted un idólatra que adorase una máquina. Yo le recomendaría que abandonase la tentación del ordenador, que es el botón de todos los vicios, y que, si así se siente más libre, escriba a mano los informes, porque me temo que usted es un esclavo sin saberlo.

EL H-O: Don Jacinto, ¿cómo puede pensar que yo estoy absorbido por esa máquina? (la toca) Sin ella no podría hacer nada.

EL JEFE: Con ella tampoco lo hace.

EL H-O: Eso es porque usted no sabe las dificultades que supone llevar la contabilidad de una empresa...

EL JEFE: Me dan ganas de hacer yo mismo el balance delante de usted, para demostrarle que se queja de vicio. Mire, no es la primera vez que me encuentro con este problema en un empleado. Al anterior contable que contraté, le pasó lo mismo que a usted. Por esa causa no le despido ahora mismo, porque sé que el problema no viene de ustedes, sino de esto (golpea el ordenador)

EL H-O: Vamos, Don Jacinto, ¿es usted un hombre anticuado? ¡El Antiguo Régimen se terminó con la Revolución Francesa! No tenemos por costumbre demonizar la tecnología en plena era del átomo.

EL JEFE: Yo le aseguro que en todas las épocas hay trampas en las que caen los hombres... Caballos de Troya que encierran una catástrofe. Usted debería consultar su caso con un profesional, porque me temo que no es consciente de su situación.

EL H-O: ¡Don Jacinto, por Dios! ¿Cree que soy un niño? Solo me falta que me tome por enfermo.

EL JEFE: No quería decir esa palabra, pero es la realidad.

EL H-O (sonriendo con incredulidad): ¡Esto era lo que me faltaba por oír!

EL JEFE (poniéndole la mano en el hombro): Escuche, Basilio... Yo soy su empleador y me da lástima el estado en el que se encuentra, así que le voy a dar una oportunidad para hacer lo que le he dicho. Le concederé una semana de plazo. Si decide no actuar, me veré obligado...

EL H-O (con ironía): ¡Oh, una semana, qué generoso, Don Jacinto! ¿Por qué no un día de plazo?

EL JEFE (continuando): ... me veré obligado a despedirlo por falta de rendimiento. Piénselo, Basilio. Merece la pena que lo haga.

EL H-O: A sus órdenes, patrón.

EL JEFE (saliendo): Adiós.

EL H-O: Adiós, jefe (unos segundos después de que haya salido el jefe)... Se lo habrán dicho esos imbéciles envidiosos que tengo por compañeros, si no, ese tonto no se hubiese dado cuenta... Uno tiene derecho a tener unos minutos de relajación y entretenimiento... Ah, civilización occidental, ¡Qué podrida estás!... Has olvidado las fuentes de la vida con tanta astucia helénica. ¿Por qué Ulises? Yo prefiero ser Buda, el Iluminado. Sí, el budismo es la única filosofía natural, que consigue liberarnos de toda tensión acumulada por los afanes científicos... ¿Para qué tanta ciencia, tanto trabajo, tanta producción? ¿Por qué no aprendemos a quedarnos quietos? El mundo no es más que una pantalla de iconos y espectros. Solo es libre el que sabe pulsar los botones...

En este instante, el encargado entra.

EL ENCARGADO: Hola, Basilio. ¿No es verdad que ha estado aquí el jefe?

EL H-O: Haz el favor de marcharte por donde has venido... No te necesito.

EL ENCARGADO: Escucha, deberías tomar en consideración lo que te ha dicho...

EL H-O: Vete, alcahuete. Estás vendido al enemigo. Bien me doy cuenta de que en esta empresa hay una conspiración contra mí, si no el jefe no me hubiera dicho lo que me dijo... Vosotros, que venís a mi oficina a cada momento a charlar, me habéis traicionado. ¡Y todo por envidia, porque sabéis que sin mí el barco se hundiría!

EL ENCARGADO: Basilio, no te hemos traicionado. Tratamos de ayudarte.

EL H-O: Es probable. Y por eso le habíais pedido al jefe que me diese un ultimátum. Como sabéis que tengo afición a la informática, la utilizasteis como pretexto de que estaba incumpliendo con mi deber, para que así, viéndome entre la espada y la pared, me viese obligado a renunciar a mi puesto de trabajo. ¿Queríais veros libres de mí, eh? Muy agudos, pero el día menos pensado, a vosotros os harán lo mismo.

EL ENCARGADO: Es al revés de lo que piensas. ¿No te das cuenta de que tienes un vicio?

EL H-O: Y vosotros también tenéis muchos, y no por eso os despiden.

EL ENCARGADO: Esto es distinto.

EL H-O: Claro. Os favorece a vosotros. Eso es lo que lo diferencia.

EL ENCARGADO: Basilio, no quiero perder tu amistad.

EL H-O: Sí. Prefieres seguir aprovechándote de mí para lo que te interese. Eso es lo que quieres. Tú eres el peor de todos, porque por encima de perjudicarme, pretendes humillarme.

EL ENCARGADO: ¡Dios mío! Te equivocas... Estás bajo el influjo de tu manía...

EL H-O: Sí. Ahora va a resultar que estoy endemoniado, ¿no? Y vosotros, santas personas, pretendéis curarme con mentiras... Estoy asombrado, chico, haces muy bien tu papel.

EL ENCARGADO (juntando las manos): Te juro que no miento.

EL H-O: ¡Ah, sí! ¡Ahora un juramento! El juramento de Judas... (levantando la mano en alto, a semejanza nazi) Juro exterminar a toda la humanidad que no me favorezca. Juro invadir la tierra y poner mi bandera en la luna.

EL ENCARGADO (sin saber qué hacer): Tranquilízate, Basilio, yo...

EL H-O: Tú eres el engranaje de esta maquinación (levantándose) ¿Sabes qué? No va a ser el jefe quien me despida, voy a ser yo mismo el que rescinda unilateralmente el contrato. ¿Estáis satisfechos tú y tu banda? Cuando me vaya, podéis hacer una fiesta. José ya está en Egipto (sale)

EL ENCARGADO (saliendo detrás de él): ¡No cometas una locura! ¡Basilio, espera al menos...!

Cae el telón

acto segundo

Un dormitorio corriente, con una cama hecha, una mesa donde está colocado el ordenador, y frente al que está sentado nuestro hombre, y algunas estanterías con libros.

EL H-O: ¡Por fin solo en mi casa! Aquí ya no manda nadie sobre mí. ¡Cuántos negocios he hecho ya! He invertido en Bolsa y he vendido no sé cuántas acciones a una compañía de Nueva Zelanda. ¡Ah! Y conozco a doscientas chicas interesadas en una relación esporádica. Una de ellas vendrá hoy a visitarme. No tengo más que pedir (coloca los brazos detrás de la cabeza) ¡Dios mío: la informática ha redimido el mundo! Este fue el sueño de Jacob: una escalera por la que subían y bajaban ángeles, ¡la información!. Todo está a nuestro alcance. Podemos manejar el Cosmos desde aquí, ¡y con tan poco esfuerzo que es increíble! La evolución nos ha llevado a esto; somos la especie mejor adaptada de la naturaleza. Éramos simios cuando no conocíamos un ordenador. Y Dios, ¡y Dios ya no existe!. Lo hemos desarmado nosotros. Dominamos su mundo. Hemos acabado con su monarquía y hemos fundado una república de sabios. Su nombre no es más que una expresión que se recuerda con ironía (rascándose la cabeza) Es hora de alcanzar el nirvana, la plenitud del conocimiento.

Entra una chica con vestimenta un tanto provocativa que lleva tacones alto.

LA CHICA: Holaaaa, ya estoy aquí.

EL H-O (volviéndose): ¡Ah! ¡Hola, Lina, digo, Carmen! Te he dejado la puerta abierta para no tener que levantarme a abrirte, ¿qué tal estás?

LA CHICA (sentándose sobre la cama): Bien... un poco cansada de andar... ¿y tú?

EL H-O: Yo, como siempre, unido al progreso.

LA CHICA: ¿Te Gusta la ropa que llevo?

EL H-O (dándose la vuelta para mirarla): Sí.

LA CHICA: ¿Sólo eso?

EL H-O (sin interés): Me gusta mucho.

LA CHICA : ¿Sabes por qué me lo he puesto?

EL H-O (distraído): Pues por algo sería, ¿no?

LA CHICA: Me lo he puesto para estar contigo.

EL H-O: Ah, muy bien.

LA CHICA: ¿Por qué no me miras un poco?

EL H-O: Estás guapísima, solo que ahora estoy haciendo una apuesta y me hace falta tener aquí los cinco sentidos.

LA CHICA: ¿No puedes hacer eso en otro momento? Yo creo que valgo más que una apuesta.

EL H-O: Verás, Clara, digo, Carmen... Si te aburres, puedes hacerme el favor de pasar la fregona por la cocina. Hace tiempo que la basura se ha estratificado en el suelo. A mí me parece que hay sistemas montañosos y todo.

LA CHICA (arrugando la frente): Pero, vamos a ver... ¿a qué crees que he venido aquí, a hacerte la limpieza general? ¿No me ves cómo voy vestida o eres tonto de remate?

EL H-O: No te enfades, Asunción, digo, Carmen. En un momento estoy contigo. Un momentito nada más...

LA CHICA (levantándose): Un momentito, un momentito, hacerme esperar así para hacer una apuesta. Vengo corriendo para esto... (paseando por la habitación) ¡Oh, y qué olor tan desagradable viene del fregadero!

EL H-O: Es que parece ser que la tubería está rota, pero hasta ahora no he tenido tiempo de arreglarla.

LA CHICA: ¡claro! ¡Será por tiempo!

EL H-O: No te preocupes, cuando pase un rato te acostumbrarás. Yo también lo hice.

LA CHICA: Sí, a todo habrá que acostumbrarse (se sienta de nuevo en la cama con los brazos cruzados durante medio minuto) ¿Qué? ¿Terminarías, no?

EL H-O (distraído): ¿Eh?
LA CHICA (gritando): ¡Digo que terminarías!

EL H-O: Ah, con esto sí. Pero falta lo más importante.

LA CHICA: ¿Qué es lo más importante?

EL H-O: Tengo que cambiar la apuesta. Estos malditos comentaristas me han engañado. Son capaces de acusar al atleta de dopaje, y se va todo al cuerno. Aquí el que no corre vuela.

LA CHICA: Me estás empezando a cansar, queridín.

EL H-O: ¡Oh! Esto de apostar es una ciencia. Solo el que apuesta gana. Ya lo decía César: “audaces fortuna iuvat”.

LA CHICA: ¿Sabes lo que te digo?

EL H-O: Vaya, ¿tú también apuestas? A ver, ¿qué me recomiendas: fútbol o baloncesto?

LA CHICA (enojada. Levantándose): Te recomiendo que te busques otra chica que te aguante.

EL H-O (levantándose también, cogiéndola de la mano): Espera, guapa.

LA CHICA (deteniéndose): ¿Qué quieres?

EL H-O: ¿Me puedes prestar diez euros? Prometo devolvértelos incrementados al quince por ciento. Ya verás. Nos vamos a hacer de oro.

LA CHICA (mirándolo torvamente. Sale)

EL H-O (volviéndose a sentar): Peor para ella. No quiere negociar, pues que se fastidie. ¡Solo por fin! ¿Para qué quiero gente? Te tengo a ti (toca el ordenador) Tú y yo, para siempre. El mejor amigo del hombre, la máquina. La obra de la naturaleza es imperfecta, sin embargo, la tecnología es infalible, jamás se equivoca. Algún día llegaremos a ser como ordenadores, un almacén inagotable de datos. No nos extinguiremos. Entraremos en un proceso de regeneración continua que nos llevará a la inmortalidad. ¡Mira por dónde alcanzamos las promesas religiosas! Pero no a través de la confianza, sino del ingenio. ¡El cerebro sí que es nuestro redentor! ¡Gloria al cerebro en el cielo y en la tierra! (levanta los brazos) Parece que vuelo. A ver, ¿cómo era la postura del loto? ¿Estaré ya en el nirvana? ¡OM MANI PADME HUM! Estoy por encima de todo. ¡Oh, pero...! (se detiene) ¡Tengo que ir al baño! Maldita sea, no me apetece pero tengo que ir... Volveré enseguida. No te muevas, ¿eh? (mirando al ordenador. Se levanta. Transcurre un cuarto de minuto y regresa. Se sienta) Este es uno de los fallos de nuestra especie. No terminamos de salir del animal. Hay que comer, hay que dormir... Instintos. La razón encerrada en este cuerpo. De ahí lo del alma y otras chorradas... Embelecos griegos. Pero, ¿por dónde iba? (mirando la pantalla) Ah, sí, no sé qué apostar... ¡Hala, al azar! Si pierdo ya lo recuperaré. Así hablan los hombres (unos segundos de silencio) ¡Soy el Hombre-Ordenador, el ser más poderoso del mundo! De mí depende la Creación. Soy el sistema nervioso del universo, el ombligo, el botón de la realidad. Todo es mío. Ya no necesito a la humanidad. Odio al hombre por ser tan estúpido como un reptil. ¡Engañado por la serpiente! ¡Qué necio! (en este momento, las luces de la habitación se apagan y con ellas la pantalla del ordenador) ¿Pero qué demonios...? ¡Ah, la luz! ¡Se ha ido la luz! ¿Qué ha pasado? ¡No veo nada! ¡El ordenador se ha apagado! ¿Quién habrá...? ¡Dios mío, ahora recuerdo que no he pagado el recibo de la luz! No tengo con qué pagar (se echa las manos a la cabeza) ¡Ah, estos malditos cobradores tienen la culpa de todo! (gritando) ¡Nadie puede retirarme a mí la luz! ¿Me oyen? ¡La luz es mía! ¡Hagan el favor de traerme luz! ¡Me falta la luz!

FIN DE LA OBRA